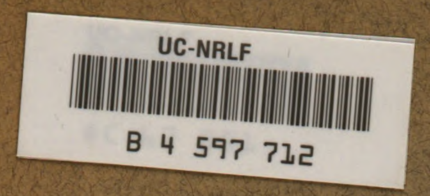




DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL

EXCMO. SR. D. JOSÉ ECHEGARAY

EL DÍA 20 DE MAYO DE 1894



MADRID
Imprenta, Fundición y Fabrica de tintas de los Hijos de J. A. Garcia,
CALLE DE CAMPOMANES, NÚM. 6.

1894

DISCURSO

DEL

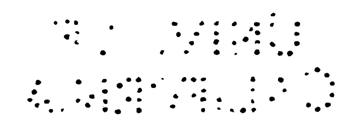
EXCMO. SR. D. JOSÉ ECHEGARAY

SEÑORES ACADÉMICOS:

La gratitud y la cortesía han solido inspiraros, en casos como éste, conceptos ingeniosos y frases elocuentísimas, que en vano pretendería imitar con mi estilo áspero de suyo y desaliñado por costumbre; y pues modestamente confieso, que la musa académica es para conmigo desdeñosa y quizá cruel, no debe causaros extrañeza, ni mucho menos enojo, que desde los comienzos de mi discurso renuncie á todo género de retóricos alardes, y que resquebrajando, ya que no rompiendo tradicionales moldes, en forma llana y sencilla me limite á manifestar á tan ilustre Academia, sin que lo conciso dañe á lo sincero, que en el alma agradezco esta honra, á mi pequeñez graciosamente concedida y por mí con todo respeto aceptada.

Curiosos contrastes, Sres. Académicos, ofrece la vida á cada paso, y no pocos este severo instituto en el inevitable proceso de su renovación. Contraste es, y no pequeño en verdad, el que resulta de oponer los gustos artísticos, la índole de los trabajos y hasta las inclinaciones literarias del Sr. Mesonero Romanos á mis propias inclinaciones, á mis modestas obras y á mis especiales tendencias; pero cuenta que sólo aficiones y gustos comparo, que en ley de justicia á más no podría llegar mi atrevimiento.

Sabio y erudito, amante de lo clásico, ingenioso y festivo, el Sr. D. Ramón de Mesonero Romanos marcó sus obras, tan admiradas como populares, con el sello y cifra de su persona-



lidad literaria, que conservó íntegra á través de su larga carrera. Recordad las *Escenas matritenses*, los *Tipos y caracteres*, el *Antiguo Madrid*, los *Recuerdos de viajes*, las *Memorias de un setentón*, los *Estudios biográficos y críticos relativos á nuestro antiguo teatro*, y en todas estas obras, y en otras que pudiera citar, hallaréis siempre el mismo escritor, los mismos procedimientos y hasta el mismo hombre; salvas aquellas inevitables diferencias que el tiempo, gran *transformista* (dicho sea con licencia de la Academia), introduce, así en las regiones espirituales, como en los eternamente agitados senos de la materia y de los organismos.

El Sr. Mesonero Romanos era observador por naturaleza; inclinado por instinto y por estudio á la sencillez clásica; sagaz en la crítica, porque era agudo y penetrante su ingenio; por nobles tendencias de su alma muy dado á todo lo que era español; y aunque juguetona y satírica, la musa del insigne académico siempre fué bondadosa y casi paternal para con los tipos y costumbres que ridiculizaba. Su sátira, ha dicho uno de nuestros más ilustres compañeros, en nada se parece á la indignación de Juvenal, ni al cómico desenfado de Aristófanes, ni á la descarada pero enérgica y profunda agudeza de Quevedo; no es tampoco su ironía la del humorista británico, que en sí encierra burlesco y altivo desdén, cuando no filosófico desprecio, ni la extravagante y mal intencionada, aunque muy honda y transcendental, de Rabelais.

Más bien pudieran buscarse analogías entre las chistosas descripciones de Zavaleta y las festivas pinturas de Mesonero Romanos; pues es lo cierto, que jamás en sus sonrisas hubo contracción de amargura, ni su *Viejo Madrid* cesó un solo punto de serle simpático y querido.

Para vosotros, ilustres próceres de las letras, el preclaro escritor cuyo puesto, aunque indignamente, he de ocupar, es el erudito, el crítico y el literato; para el pueblo, que siente más que piensa, y que sólo pide al poeta risa ó llanto y emociones en suma, el Sr. Mesonero Romanos casi no existe, que no conoce más que al *Curioso parlante*; y entre todas sus obras,

la que más le regocija es aquella en que se pintan por donosa manera tantas y tantas *escenas matritenses*, como fueron inocente alegría para nuestros padres, y para muchos de nosotros prolegómenos casi de estudios y aficiones literarias, que más tarde habían de desarrollarse por diferentes rumbos. Para sentir románticos entusiasmos ante la escena, los dramas admirables de García Gutierrez y del Duque de Rivas; para despertar en las adormidas almas profundas armonías y memorias de pasadas y heroicas edades, Zorrilla; para regocijar al fatigado espíritu con las pintorescas descripciones de cuadros caseros, ricos en color y rebosando vida, y con las cultas agudezas que asaetean sin enojo pequeñas debilidades y ridiculeces de esta ó de aquella clase social, el *Curioso parlante*.

Así pensaba la juventud de otro tiempo, sintetizando por manera infantil más bien sentimientos que ideas. Y yo recuerdo que allá en mi niñez, y en la ciudad de Murcia, mi patria adoptiva, en los abrasadores días de uno y otro verano, y durante las horas de la siesta, *El Curioso parlante* vino á trocar en regocijo mi hastío, mi cansancio en interés, y hasta refrescó con deleitosas brisas el oleaje de fuego, que á la murciana tierra parecía llegar desde las ardientes costas del Africa vecina.

Yo leía con afán uno y otro animadísimo cuadro de la vida madrileña: figuras cómicas, burlescas ó graciosas pasaban ante mí; sucesos sencillos, pero que interesantes me parecían, ataban y desataban sus nudos por las páginas de un semanario, que la diosa casualidad ó mi buena maña trajo á mi poder; todo un mundo desconocido por entonces para tan incipiente lector como yo era, presentábase á mi vista; y al leer el artículo que lleva por título *El prado*, afanábame por comprender lo que *El prado* fuese, imaginándome un jardín lleno de misterio y deleite; y al regocijarme con *La comedia casera*, no adivinaba, que otras comedias habían de darme, al andar del tiempo, regocijos á veces, y á veces malos ratos; y al recorrer las líneas de uno de los pocos artículos sombríos que ha escrito el Sr. Mesonero Romanos, y que lleva por título *El*

campo-santo, no sospechaba, que mis futuras y criminales aficiones literarias habían de poblar más de un cementerio con rica pero fúnebre cosecha de muertos imaginarios.

No presumía yo de crítico por entonces, ni aun hoy mismo presumo; que presunciones tales á más sesudos y provectos literatos, ó á más desenfadados jóvenes, las abandono de buena gana: no cuidaba yo, en aquellas lecturas, de aquilatar el estilo, ni de buscar grandiosos pensamientos ó gallardos arranques, ni de ir señalando, para más detenido estudio, este ó aquel párrafo, sazonado con esa gracia del ingenio, que más tarde hube de averiguar, que se llama *sal ática* por los que pueden, como por los que no pueden saborearla. Empezaba á leer por capricho; seguía leyendo, porque me interesaban aquellas escenas tomadas del natural en el rico repertorio de la comedia humana; acababa con ansia lo que con abandono empecé; y corrió el tiempo y á su par corrió el olvido, y al fin resulta, que muchos años más tarde, en este momento y ante vosotros, el recuerdo de aquellas entretenidas horas, se convierte en triste pero justísimo tributo á la memoria de aquel insigne crítico, que tan simpático fué á toda una generación, y que ha de ocupar puesto tan digno y preciado en la historia de la literatura patria.

Más de cuarenta años há que el nombre de *El Curioso parlante* me encantaba; hoy el nombre del Sr. D. Ramón Mesonero Romanos me entristece con la misma tristeza que vosotros sentís; y es que si á cada sonrisa que brota en nuestros labios, ó á cada placer que estremece nuestras fibras, pudiera seguírseles como á invisibles viajeros por las ásperas sendas de la vida, al fin les viéramos dar con frecuencia en raudales de llanto ó en ondas de amargura; con lo cual no es maravilla, que aquello mismo que empezó por regocijo de un niño, termine por corona fúnebre de un anciano.

Y he cumplido con esto, ya que no en la forma que tan esclarecido literato merecía, y á que esta respetable Academia está acostumbrada, con buen deseo y sana intención al menos, y hasta donde mis fuerzas han llegado, el segundo de

los deberes que por ley natural y precepto casi de vuestros estatutos debía cumplir. Réstame tan sólo, no porque pretenda deciros nada nuevo, ni digno en verdad de ocupar vuestra atención, sino por ceñirme á la costumbre, el disertar en unas cuantas páginas sobre determinado punto del arte literario. ¡El arte literario! Materia rica en difíciles problemas y en graves cuestiones, que así llegan á las alturas de la metafísica, como se insinúan por los más intrincados conflictos de la vida social, como descienden á la práctica y al mecanismo de las mismas artes liberales, abriendo con todo esto espléndidos horizontes á quien tuviese vagar para recorrerlos, sin que prosaicas atenciones de la vida, ó más áridos, aunque no menos agradables estudios, le hicieran apartar los ojos de continuo de las maravillas poéticas, que bañan los resplandores de la belleza, para convertirlos á otras regiones en que impera la severa disciplina de la razón.

Y con ser tan vasto el campo en que he podido escoger un tema para mi discurso, es lo cierto que he dudado mucho; y con tanto pensarlo, y con pensarlo tan bien, al menos en la intención, no sé á punto fijo, si al fin escogí mal; pero sea con acierto ó con desdicha, al fin decidí que la materia de mi escrito había de ser la que váis á oir, si vuestra paciencia es tan grande como vuestra cortesía.

Me propongo presentar ante esta docta Corporación algunas reflexiones generales sobre *la crítica* y el *arte literario*, y mi tendencia es ésta: que así como importa mucho para la marcha ordenada de la política, sobre todo en épocas de transición, que exista *una legalidad común*, no menos importa en el campo artístico y literario otra especie de legalidad común, dentro de la cual vivan y se desarrollen pacíficamente todas las escuelas y todas las energías, sin anatemas ni excomuniones desde arriba, sin odios ni enemigas desde abajo.

De suerte que, si mi discurso ha de tener algún título, que en rigor por lo desordenado no lo merece, bien pudiéramos darle el que acabo de indicar: de la legalidad común en materias literarias.

Pero antes de entrar en el asunto, permitidme un breve paréntesis.

El discurso que váis á oir fué escrito hace muchos años; circunstancias independientes de la voluntad de todos, de la mía y de la ajena; esta vida febril en que todos vivimos, este volar del tiempo, que sin saber cómo nos lleva implacable, han ido retrasando mi recepción en tan docta Academia, y bien comprendéis que antes de empezar mi tarea debo pediros, benignidad por de contado, porque voy á tratar de asuntos que ya apenas inspiran interés; pero además voy á pediros cierto linaje de respeto. Respeto, sí, para mi discurso; respeto y hasta veneración; que si otras condiciones no tiene, es ya venerable por lo avanzado de su edad.

Y digamos ahora lo que por entonces decíamos.

El problema general de la crítica literaria puede dividirse en otros tres que se completan y se enlazan, y son capítulos sucesivos de una misma ciencia, ó aspectos varios de un todo divisible para el estudio, aunque íntegro y único en su verdadera esencia.

Puede, en primer lugar, estudiarse la crítica en su desarrollo histórico y en sus múltiples y diversas manifestaciones, en determinados pueblos ó en determinadas épocas; con lo cual haría, el que tal hiciese, la verdadera historia de la crítica literaria.

Variando el procedimiento, aunque conservando la tendencia experimental, si así puedo expresarse, es dado también estudiar el proceso reflexivo del arte literario en sus diversas encarnaciones; viendo cómo la idea se hace hombre, es decir, cómo la facultad crítica se subdivide y desgrana en críticos de mayor ó menor cuantía.

Cabe, en fin, estudiar las leyes de la *crítica* como aplicación de los principios fundamentales de la Estética; aspecto importantísimo y dominante, porque criticar sin un ideal artístico vale tanto como juzgar sin un Código ó como entregar al reo indefenso y maniatado al capricho, á las malas pasiones ó á la malignidad del juzgador, ya que no á su ignorancia.

Así, pues, yo tengo ante mí, en la empresa en que quizá ciegamente quise empeñarme, tres puntos de vista distintos: historia de la crítica literaria en general; estudio de los más famosos críticos que aquélla nos presenta y de sus cualidades personales, y leyes estéticas de la crítica filosófica.

Cada una de estas cuestiones es tal, que no para un discurso, que forzosamente ha de ser breve, aunque os parezca largo, sino para una obra de gran meditación, de arduo trabajo y de constante consulta, contiene materia sobrada; y en todo caso exigiría un escritor de más alientos que yo, y más aficionado de lo que yo he sido á revolver libros antiguos y á enfrascarse en sabias erudiciones.

Pero de todo esto muy poco me propongo decir, excepción hecha del último punto de los tres que acabo de indicar, que es el que constituye en parte el objeto de mi discurso.

Todo cuanto he de exponer puede condensarse en las siguientes líneas, que anticipo para evitar confusiones y para daros en un breve programa la medida á que ha de sujetarse vuestra paciencia.

Señalo, en primer lugar, el estado caótico en que hoy se halla la crítica literaria, indicando á la vez el origen de situación tan triste: afirmo con energía la existencia, posible por lo menos, del conocimiento científico de la belleza: juzgo, en fin, que la crítica tiene obligación precisa de buscar sus reglas en las leyes de aquella ciencia estética, y como estas leyes son amplísimas y abarcan lo infinito, rechazo todo exclusivismo de escuela ó de doctrina parcial.

Defiendo, pues, sucesivamente: al mundo clásico contra el mundo moderno, y á éste contra aquél; al idealismo contra el realismo, y á la escuela realista contra la soberbia de los inmaculados; al arte contra el positivismo utilitario, afirmando la belleza por la belleza, y por el contrario, proclamo como buenos los derechos del escritor, que busca contenido para sus obras en los grandes problemas de la vida, contra los defensores de lo insustancial. Pasando, en fin, del arte crítico á la

ciencia pura, sostengo para la Estética el doble método de la experiencia y de la razón.

De todo esto voy á ocuparme, si á tanto alcanzan mis fuerzas y no se agota vuestra bondadosa atención.

Es legítima y es provechosa la crítica; ¿quién lo duda? Ha existido y existe y debe existir.

Como las facultades del sér humano brotan del mismo origen, y con mayor ó menor paralelismo se desarrollan, tengo para mí, que la crítica es tan antigua como el arte; que el hacer y el juzgar son fuentes que nacen de la misma roca, y que al lado del primer poeta debió aparecer el primer crítico.

Si como subsisten las creaciones del primero, subsistiesen las censuras del último, podríamos ver con la imaginación al sacerdote-poeta de la India, al despuntar la mañana, sobre elevada colina y ante una piedra cubierta de musgo, improvisando los sublimes himnos del Rig-Veda con la propia inspiración del genio y con la prestada inspiración del Agni-soma; y muy cerca, perdido en la multitud, descontento y uraño, sometiendo á implacable análisis las espontáneas imágenes del cantor védico, podríamos ver también al crítico prehistórico del Sapta-Sindu ó de los siete ríos. Al uno relatando «cómo los vientos, á modo de celestes pastores, empujan ante sí, desde el nevado Himalaya, innumerables rebaños de vacas aéreas, cuyos hinchados pechos son las espesas nubes; y cómo las aguija con el rayo y la centella para que derramen sobre los sedientos valles del Indostán torrentes de lluvia, leche fecunda que había de alimentar las cosechas y había de sostener la vida de la raza aria.» Al otro, pensando para sí, y con razón, no lo niego, que es mucho suponer esto de que los vientos sean pastores, y los nublados ubres repletas, y la lluvia, que al fin es agua, leche sustanciosa de los campos. Sólo que tales reflexiones, ó las guardaría el incipiente crítico para sí, ó las expresaría en lengua dravidiana ó en sánscrito si era gran lite-

rato entre los suyos: costumbre, esta de criticar en sánscrito, que es de sentir que se haya perdido, porque de haberse conservado, en ocasión la crítica, sin ser mucho menos clara ni menos útil, sería mucho más inofensiva.

Pero si de los críticos que pudieran existir diez y siete ó veinte siglos antes de la era cristiana no quedan rastros, como tampoco se conservan de los contemporáneos del poema homérico, ya los tuvo el cantor de la Iliada, á la par que Platón, en época menos lejana, en el implacable Zoilo; si bien es cierto que, según cuentan, y valga el cuento por lo que valiere, tamaña profanación, como fué la de cerrar colérico y bilioso con los diálogos, la Iliada y la Odisea, costóle nada menos que la vida; costumbre que, sin duda por lo apacible de los tiempos que atravesamos, se ha perdido del todo. Bien es verdad que no se encuentra tampoco al revolver de cada siglo ni un cantor de Troya, ni un divino Platón. Y así, siguiendo por la historia adelante, nos encontraríamos al lado de la verdadera crítica, severa, pero justa, y grandemente útil cuando comprende su misión, la crítica apasionada, ó insustancial, ó ligera y de todo punto estéril para el bien; á la par de la corrección prudente, de la enseñanza sólida y de la amplitud de miras, la pasión desbordada, el enojo latente, la estrechez de pensamiento, ó la enemiga preconcebida; pues ya Hesiodo dijo tres mil años há, aunque exagerando sin duda, que «de la crítica á la envidia no hay más que un paso». Basta recorrer la historia para encontrar á cada instante ejemplos abundantísimos de la crítica noble y de la crítica mezquina; del precepto que ilumina y de la saeta envenenada que se clava en la carne. Ved, si no, por una parte, muchos diálogos del fundador de la Academia, como el de Gorgias y Fedra, admirables críticas idealistas; los análisis de Aristóteles en su retórica y su política; el *Tratado de lo sublime;* el canon poético de Horacio; la *Institución oratoria* de Quintiliano, que en cierto modo se anticipó á los métodos experimentales, y valga la palabra, ya que otra mejor no existe, de los modernos. Ved en tiempos posteriores las obras de Boileau y en especial su arte poética, si exageradamente

estrecha y restrictiva, digna de respeto sin embargo; aun en tiempos más próximos, recorred las elevadas teorías de Winckelmann, Lessing, los Schlegel, Hegel y Kant; y recordad todavía, viniendo á nuestra patria, tantos y tantos nombres ilustres como todos conocen mejor que yo, y que han dado y dan grandeza y brillo á los estudios, ya de crítica general, ya de crítica preceptiva; ejemplos que cito, no por vano alarde de fácil y vulgar erudición, sino para demostrar mi respeto á un arte respetable y fecundo. Pero al propio tiempo que véis y recordáis las obras de tan preclaros escritores, recordad también las diatribas de un Scudery contra un Corneille, de un Subligny contra un Racine, de una plaga de críticos mezquinos ó soberbios contra los grandes monumentos de la antigüedad clásica, y de una ridícula falange de gente sin sensibilidad artística ni conciencia literaria, contra el inmortal Shakespeare.

Pero asunto es este del cual he dicho que no voy á ocuparme, y es ocioso insistir sobre cosas por vosotros harto sabidas y por la historia definitivamente juzgadas.

Y separado de mi camino este primer punto, separo igualmente el segundo; pues en verdad, que para no hacer una serie de biográficas-críticas, y esto no cabe en el presente escrito, no vale la pena ni el trabajo de ir relatando las cualidades de inteligencia y de moralidad artística, que en el verdadero crítico deben concurrir. Y deben concurrir, en efecto; porque no es crítico el que sólo lo es por no poder ser otra cosa; ni el que incitado por enojos de su impotencia, busca en los defectos ajenos tristes alivios á la propia ruindad de su ingenio; ni el que haciendo del noble sacerdocio ruin oficio de moderno condotiero, sólo guarda alabanzas para el amigo útil, y envenenadas saetas para el enemigo propio ó para el que su patrono le da por enemigo, mientras dura la paga de la mesnada. Todas estas son debilidades humanas más ó menos repugnantes ó desfallecimientos morales más ó menos lastimosos; pero de ellos ni debo ocuparme en este sitio, ni hacia tales miserias he de convertir vuestra atención.

La crítica es ciertamente otra cosa más alta y más fecunda; y más noble y más provechoso para el arte verdadero, es el verdadero crítico.

Porque me importa que comprendáis bien mi pensamiento, y que nadie imagine, que niego la utilidad, ya de la crítica preceptiva, ya de las críticas particulares, ya la de aquellos escritores de ciencia, rectitud, buen gusto y elevado sentido estético, que consagran sus altas dotes al estudio de las obras ajenas para alentar aciertos, señalar peligros, precaver caídas y depurar bellezas, dando brillo y esplendor al arte literario.

Las facultades humanas son múltiples, pero deben ser armónicas; y todo desequilibrio en el individuo ó en la sociedad, como en el arte, es causa de decadencia, y al fin es destrucción y ruina. Y si existe la *facultad creadora* de la belleza en el poeta, debe existir la facultad crítica en otro linaje de escritores, que sirvan de complemento y aun de seguros guías á los primeros.

En el poeta ha de dominar la espontaneidad, sin que por eso deje de ser casi constantemente su propio crítico; en el crítico ha de dominar la reflexión sobre las propias impresiones que recibe, pero ha de sentir también; pues crítico que no sienta, y sólo razone, puede dedicarse á los trabajos científicos, si es que para ellos sirve, mas para el arte de poco provecho serán sus más concienzudos fallos: cuerda que no vibra, mal puede señalar desafinaciones del arco que la hiere ó de la mano que la pulsa.

Crear es el arte.

Juzgar lo creado es la crítica.

Juzgador de bellezas y deformidades debe ser el que la crítica cultive; pero como magistrado del arte, justo y sereno; y como magistrado también, leyes estéticas aplica, no caprichosos fallos de su voluntad; que castigo sin sentencia no es castigo, sino asesinato; y sentencia sin prueba, iniquidad es.

Razones todas, evidentes de suyo, y triviales casi; por lo cual, sólo me atrevo á recordarlas, porque ellas forman el camino más corto para llegar al verdadero tema de mi discurso.

Si la crítica es el arte por el que se juzgan las obras literarias, y si el crítico es el escritor que ha de aplicar los preceptos de aquélla al poeta, al dramaturgo, al orador, á todos, en suma, los que con la palabra escrita ó hablada procuran engendrar emociones estéticas en los demás, es evidente que el arte crítlco ha de tener un canon y una ley; y que así como las demás artes no crean por sí reglas y preceptos, sino que los toman de las ciencias á que están sujetas, la crítica literaria ha de recibir su ley y su ideal de la ciencia de la belleza: quiero decir de la *Estética*.

Porque yo creo, sean cuales fueren las opiniones en contra, que respeto, pero que no comparto, que existe una ciencia que se llama Estética; que existe un arte que se llama *crítica;* que hay leyes más ó menos conocidas en este orden de fenómenos de que voy á ocuparme; y que negar tales principios al juzgar las obras literarias, como las obras artísticas, es entregarse al capricho y convertir el verdadero arte crítico en mera impresión individual y pasajera, ó en confuso caos de caprichosas voluntades.

Que estas leyes de la Estética no sean mezquinas y estrechas; que no resuciten las tres clásicas y envejecidas unidades de tiempo, espacio y acción, ú otras análogas; que por limitar y clasificar artificialmente fenómenos amplísimos, no tracen círculo tan forzado y reducido, que fuera quede la realidad casi completa, todo esto es justo y natural; pero nada de esto prueba que no existan leyes inmutables en las regiones de la belleza, tan inmutables, aunque menos conocidas, que en las demás ciencias; ni esto coarta la facultad creadora del artista ó del poeta, aunque coarte y sujete los caprichosos fallos de tal ó cual crítico de ocasión.

Inmutables son, fijas é inquebrantables, y por fórmulas matemáticas están expresadas, las leyes del astro en el espacio, del átomo etéreo en el rayo de luz ó de la corriente eléctrica en sus prodigiosos rumbos, y esto no limita ni las evoluciones de estrellas y nebulosas en el fondo de los cielos, ni la riqueza de los colores en el iris, ni las maravillas del éter

en los fenómenos electro-magnéticos: lo único que evita es, que de pronto aparezca un físico, que pretenda sustituir á las leyes eternas de la realidad, los mezquinos engendros de una improvisación cósmica.

Tal es el punto de vista en que me coloco: mi creencia de siempre; mi fe artística; mi convicción profunda.

Yo no creo en lo arbitrario; yo creo en la ley estética, que es la manifestación del orden, que es la condensación real é intelectual al mismo tiempo de la armonía entre los miembros de toda multiplicidad; que es, en suma, como ha dicho un gran filósofo, la unidad que se trasparenta.

La ciencia halla por doquiera grandes fórmulas sintéticas, que por doquiera proclaman tal unidad, ¿y sólo un orden de fenómenos había de rebelarse contra la ley de lo infinito? Esto no cabe en inteligencia humana. Podrán no ser hoy conocidos por completo los grandes principios de la Estética; quizá no se hayan descubierto más que una mínima parte de ellos; pero semejante ingorancia ó atraso tan lamentable no arguyen contra su existencia; que igual argumento hubiera podido emplear cualquier espíritu escéptico ó pesimista contra las leyes de la gravitación, el día antes de publicar Newton su obra inmortal de los principios.

Y todo esto, que muy de pasada os voy indicando, tiene, á mi entender, capital importancia para el punto concreto, que me esfuerzo por dilucidar.

Porque si el crítico rechaza el canon de la ciencia y no se sujeta á sus mandatos, tendrá que aplicar, ó sus geniales instintos, ó las opiniones sueltas é insustanciales que le salgan al paso, cuando juzgue las obras de arte. Porque si no hay en la crítica literaria un ideal, un norte, un punto á donde dirigirse, la masa entera de los críticos, los de verdadera conciencia literaria, y aun los de verdadero saber, como los allegadizos y ocasionales, se encontrarían perdidos y desorientados, ni más ni menos que numerosa caravana en el desierto, si de pronto se apagasen las estrellas del cielo, se borrasen los rastros de la móvil superficie y se embotara el seguro instinto del

vigoroso dromedario. ¿A dónde dirigirse; qué rumbo tomar; por qué éste y no aquél? Cada opinión valdría tanto como la contraria, y apegado cada viandante á la suya propia, pronto se dispersarían hacia los cuatro vientos por la silenciosa planicie, rompiendo el único lazo de salvación.

Preferible fuera casi, que una engañosa luz les llevase á todos por extraviado camino, que al menos irían todos juntos, y al despuntar el sol, todos juntos podrían encontrar la perdida senda.

Pues no de otra suerte se hallan la crítica moderna y el arte literario.

Caos de opiniones individuales, lucha de las más contrarias tendencias, conflictos de unas teorías con otras, influencias, ni bien comprendidas ni bien utilizadas, de las más opuestas doctrinas filosóficas; escritores que, de buena fe, creen sostener y practicar el realismo más descarnado, y dan, sin saberlo, en el más exagerado idealismo, cuando no en el simbolismo más abstracto; obras en cuyo fondo palpita la esencia artística de una escuela y que se cubren con las vestiduras y toman las formas de la escuela rival: en suma, todo lo más contradictorio, lo más irreflexivo y lo más ajeno á la verdadera crítica y al verdadero arte.

Este desorden, propio de las épocas de transición, como lo es la nuestra en todas sus esferas; esta agitación profunda, que hay en toda masa caótica momentos antes de que brote la luz, no es ciertamente perjudicial para el arte, y antes, por el contrario, es signo positivo y seguro de fecundidad y de nueva vida; pues el conflicto nace, en el arte como en la sociedad, cuando nuevas fuerzas brotan, y piden puesto y plaza á las antiguas; y por eso, todo acto de generación es tumultuoso y calenturiento. Mas para la crítica, períodos tales son los más funestos, y aun puede decirse que la paralizan por completo, sobre todo cuando la crítica no los comprende y no se deja llevar por los nuevos derroteros. Puede imperar la facultad reflexiva en épocas regulares y disciplinadas, como puede el astrónomo determinar los constantes cíclicas de un

astro; pero no puede el crítico someter fácilmente á reglas seguras y fallos indiscutibles una gran trasformación literaria, como no puede el astrónomo predecir lo que serán mundos que en el seno de lo infinito se están engendrando con pavoroso bullir.

Al menos, esta será la situación de la crítica moderna, según he dicho, mientras no prescindan los críticos de preocupaciones personales, de exclusivismos insostenibles, de esa estrechez de miras y de horizontes, que en todo tiempo ha sido la verdadera causa de sus grandes errores, de sus más irritantes injusticias y de sus más lastimosas caídas ante el inapelable fallo de la historia.

El poeta puede ser exclusivo, y pertenecer á esta ó aquella escuela, y crear la belleza como la sienta, y en seguir sus naturales impulsos está su fuerza, porque no va contra naturaleza; pero el crítico que condena todo lo que no está en armonía con su manera de sentir ó de pensar, será un sectario más ó menos apasionado, pero no tiene capacidad para juzgar lo que ni siente ni entiende, que en seguir sus naturales impulsos está su debilidad y su injusticia.

Se le oirá, sí, que á ello tiene derecho; pero se le oirá como á uno de tantos testigos del gran proceso ó de sus incidencias; mas no se dé aires de magistrado, que no lo es, y hasta quién sabe si resultará al fin y al cabo testigo falso, con escándalo de la pública opinión.

Epocas de trasformación son épocas caóticas, en que todo se agita, se mezcla y se confunde, los restos de lo que muere con los gérmenes de lo que nace. ¿Y quién es capaz de distinguir la molécula del cuerpo que se descompone, de la celdilla con que empieza un nuevo sér? En épocas tales, la crítica debe ser muy amplia y muy generosa, y sobre todo muy prudente, no sea que contraríe por torpeza grandes evoluciones, que pueden partir de puntos al parecer insignificantes. Yo me figuro á un crítico paseándose por el seno inmenso de una nebulosa con amplios poderes del Poder Sumo para atar y desatar, mirando con enojo y desvío este y aquel jirón de la masa vapo-

rosa, y diciendo con fallo soberano: «esto y aquello otra vez á la nada». ¿Y quién sabe si aquellos jirones que anuló para siempre habían de ser, al correr de los siglos, condensados por el trabajo infinito de la creación y animados por espíritu divino, algo hermoso, algo noble, algo puro, algo bello: una lágrima de amor que corre por una mejilla, el eureka de un genio, ó el último suspiro de un mártir?

No despreciemos lo pasado, que fué grande y quizá no se agotó; pero no nos empeñemos en achicar lo porvenir, que los gérmenes necesitan mucho espacio.

La inmensa evolución literaria, de cuarenta ó cincuenta siglos, nos debe servir de ejemplo, que en ella todo cupo; y cupo tanto, que su grandeza nos abruma.

Allá en el rincón de su gabinete, entre su Homero y su Virgilio, llora el clásico de pura sangre, y perdóneseme la imagen, la muerte de sus dioses y la ruina del Olimpo pagano, sin que de los bárbaros acá encuentre apenas obra literaria digna de fijar su atención; y no tiene en cuenta, que cuando profundos sentimientos le agitan, ni habla en griego ni en latín, sino en aquel idioma que aprendió de los labios de su madre; idioma cuyas raíces se le insinuaron en el corazón, cuyas inflexiones gramaticales le modelaron el cerebro, y cuyos sonidos son las únicas notas posibles de su garganta.

Respeto y admiración debemos á las grandes obras del genio antiguo; pero la historia vive y se desarrolla, y convertirla en pura arqueología, es linaje de demencia que merece compasión y no más.

En cambio, dad un salto, pasad del mundo clásico, puro y correcto como las líneas armoniosas del templo griego, al realismo brutal de ciertos escritores, ó mejor dicho, al materialismo moderno; pasad, digo, de aquellas limpias y trasparentes formas literarias, en que hasta los pastoriles cariños del pastor Coridón y del hermoso mancebo Alexis, *delicias de su dueño*, se velaban con el ritmo del exámetro, á los bestiales amores de Jerminal, en que caen á presencia del lector andrajos húmedos y manchados de hulla, para dejar ante la

vista lo que pudiera llamarse en términos bárbaros, el desnudo al carbón, y tendréis otra literatura profundamente antipática y aun repugnante para muchos, para la generalidad, yo lo concedo; digna de censura por sus extravíos, pero que no sería justo rechazar por completo, ni condenar para siempre; que, después de todo, entre la podredumbre moral de los pobres mineros, no mayor que la de Coridón y Alexis (sea cual fuere la interpretación histórica ó metafísica que se le quiera dar), y entre el fango de las negras galerías, aun pudiera entresacarse del polvo negro del cok más de un pedazo de brillante, pues al fin y al cabo, carbón cristalizado, nos dice la ciencia, que es el maravilloso cristal de los metálicos y azulados reflejos.

Pero sea de ello lo que fuere, ved en ese inmenso paréntesis de miles de años, y entre escritores tan opuestos como Virgilio y Zola, qué variedad inmensa de genios se agita, qué gigantesca escala hemos recorrido; cuántas escuelas, cuántas tendencias, cuántas visiones de grandezas, cuántas obras de arte, qué maravillosas encarnaciones del genio artístico de Europa se extienden al través de la historia como gigante cordillera, cuyas cúspides se llaman, por ejemplo, Dante, Shakespeare, Cervantes, Calderón, Goete, Víctor Hugo: conjunto admirable, superior en el fondo al de la antigüedad clásica, tanto como la civilización cristiana lo es al ciclo pagano; y que fuera profanación mutilar, obedeciendo á predilecciones individuales, á determinadas creencias religiosas, á estímulos de esta ó de aquella opinión política, ó á escrúpulos de atildado buen gusto ó de melosa crítica.

La literatura europea es una totalidad orgánica, y el exclusivismo de escuela ó de afición tiende torpemente á mutilarla; y como las verdaderas leyes estéticas son inalterables, pero son amplísimas, los estrechos cánones de ciertas críticas modernas son tan funestos al juzgar la literatura contemporánea como al juzgar la historia de la literatura.

Y sin embargo, en nuestra patria y fuera de ella, muchos años há que este es el gran pecado de la crítica contemporá-

nea, la cual empezó por cortesana y no parece dispuesta á concluir por Magdalena. Exclusivismos, y nada más que exclusivismos; mutilaciones, y no más que mutilaciones; porque hay muchos á quienes más enamoran los pedazos de la estatua que la estatua entera.

Y ya tenemos la primera oposición: el mundo clásico y el mundo moderno. Pues yo, en nombre de esa legalidad común de que os hablaba, pido justicia para ambos: respeto, admiración y estudio para aquél; respeto, esperanza y alientos para éste.

Y tras aquella oposición viene otra profunda, eterna, entre el idealismo y el realismo.

Para unos críticos el idealismo ha muerto: fué sueño más ó menos plácido de otra edad infantil; pero sus fantasmas se desvanecieron al despertar á las realidades de la vida, y de este modo queda por sentencia inapelable la mitad del arte condenada á eterno silencio, y á desprecio profundo toda obra en que lo ideal resplandezca: fuego fatuo, bueno para corretear entretumbas, pero que no resiste la luz del sol. El arte, según ellos, está única y exclusivamente *en la verdad*, *en la naturaleza;* más aún, en lo que se ve y se toca; en lo tangible, en lo real, en lo positivo; en suma, en los hechos sensibles y materiales.

Error profundo, exclusivismo irritante, punto de vista mezquino, y doctrina inconsecuente consigo misma.

El arte en general, y el arte literario en nuestro caso, puede esculpir sus creaciones en *la verdad* ciertamente; y la belleza que de este modo se realice, quizá será aquella que con más vigor llegue al alma, sobre todo en estos tiempos que corren; pero yo afirmo, que no siempre la verdad despierta emociones estéticas, y que, por lo tanto, la verdad, por sólo ser verdad, no siempre es bella; y afirmo todavía que la belleza, que indiscutibles y admiradas bellezas, que lo sublime con sus profundos estremecimientos pueden residir hasta en el seno...

¿lo diré?... hasta en el seno de la imposibilidad material y hasta en los repliegues del delirio.

Opongo, pues, á esta afirmación cándidamente honrada: sólo hay *belleza en la verdad*, esta otra afirmación, aunque su forma pueda pareceros paradójica: puede haber admirables bellezas hasta en la *misma mentira* material, con tal que sea mentira forjada en el cerebro humano, obedeciendo á determinadas leyes de un alto simbolismo.

Negar esto es hundir de un golpe en la nada la mitad, si no toda la *literatura pagana*, buena parte de las literaturas modernas y escuelas enteras que son gloria del arte europeo.

¿Existió nunca el Júpiter de Homero estremeciendo al Olimpo al fruncir de sus cerúleas cejas?

¿Bajó nadie á los sombríos círculos y embudos que el genio de Dante trazó y ahuecó en los abismos del infierno?

¿Quién acompañaba á Hamlet cuando vió la sombra de su padre en la explanada del castillo de Elseneur?

Y cien religiones falsas, en el sentido que la escuela naturalista supone, ¿no encierran rasgos de verdadera sublimidad?

En un sueño, en una visión, en lo que más rompa con las leyes de la materia, no ya en lo falso, en lo imposible, ¿no cabe la belleza? Y la literatura de todos los tiempos y de todas las Naciones ¿no contiene número infinito de elocuentísimos ejemplos en abono de mi aserto?

¡Si, yo creo, aunque esto asombre á espíritus superficiales ó espantadizos, que no sólo en lo ideal, sino en lo imposible, en lo absurdo, en las visiones de la calentura, en los contrasentidos de un sueño, pueden encontrarse rasgos admirables de belleza; y no es que lo creo, es que se ve; y que no verlo es cerrar los ojos ante la realidad misma! ¡Buen modo de respetarla es negar su evidencia!

Pero los positivistas del arte, que sólo en *la verdad* buscan la belleza, son inconsecuentes consigo mismos.

Yo por un momento acepto su exclusivismo; tomo por criterio artístico la verdad y sólo la verdad; más todavía, la verdad material; más aún, me desprendo de todo residuo idea-

lista, traspaso el positivismo artístico y al mismo materialismo llego; no quiero ver por el momento en el cerebro humano más que sustancia gris, celdillas nerviosas, electricidad que se condensa, relámpagos de fósforo en combustión, que circulan por las evoluciones cerebrales; y con todo esto, digo que en la región del arte el idealismo no puede morir, y que sus creaciones son tan reales y tan verdaderas, y por lo tanto tan legítimas, como las del más exagerado naturalismo, fotografiando la podredumbre de la materia, haciendo el inventario de un salón ó contando los botones de una casaca para mayor gloria y realce del personaje que la ostenta.

Porque al fin y al cabo, si la fermentación pútrida es un hecho digno de relatarse por el poeta *sólo por ser un hecho*; si las mesas, colgaduras y chucherías de elegante boudoir por su realidad física piden quien las recuente en artística almoneda; y en fin, si los botones de la vestidura que lleva el héroe de la fábula ó del poema, aun siendo realidades de menor cuantía, merecen enumeración detenida ni más ni menos que los héroes de la Iliada ó del Tasso; si, en suma, *los hechos* son la materia propia de novelas, dramas y poemas, *hechos* son las fantasías idealistas del cerebro humano, y expulsarlos del arte es mutilar arbitrariamente la parte más admirable de la realidad.

¡Que un mendigo que ostentaba tantos centímetros de deshilachado desgarrón en sus andrajos, por ser realidad es merecedor de un par de páginas en una novela y de un puesto distinguido en el templo de la fama! ¡Y que un cerebro humano en que por la vibración de sus celdillas grises brotó el tipo de Beatriz conduciendo á Dante al cielo, ó el de Mefistófeles endiablando á Fausto, es cosa mezquina, y que sus creaciones han de proscribirse para siempre del cielo del arte! ¡Ah! exageraciones tamañas no merecen refutación, porque los mismos hechos y la desagradecida realidad harán en ellas justicia de olvido y de desprecio.

El idealismo existirá mientras existan ideales en el alma humana, y cuando éstos acabasen, toda discusión sobre escue-

las literarias sería ociosa, porque el arte habría muerto, lo cual no ha de suceder mientras el hombre por regresión de su naturaleza no vuelva á sus prehistóricas cavernas, donde aun le esperarían recuerdos lejanos de sus primitivos esfuerzos por subir de la realidad grosera al divino ideal.

¡Si el idealismo es eterno: si el hombre es hombre por que forja ideales: si por el ideal vive y en la realidad se duerme de aburrimiento: si transforma lo pasado en ideal por el recuerdo, y transforma lo porvenir en ideal por la esperanza: si serlo todo es no ser nada, si no se puede ser más: si quitando á la montaña sus cúspides se convierte en planicie estúpidamente nivelada, y quitando al Océano sus horizontes se convierte en miserable charca, y quitando al cielo sus lejanías infinitas se convierte en jaula más ó menos grande de cristal: si arrancarle al hombre sus ideales es como arrancar al águila sus dos alas: arrancádselas, y ya no volará por las alturas, arrastrará su caparazón mutilado por el suelo como los demás cuadrúpedos y reptiles: pues las alas del alma son los ideales, y con ellos, sólo con ellos, se arranca del dolor ó del desengaño de hoy para remontarse á la esperanza del mañana! El ideal es su única grandeza, porque sólo con sus ideales puede abrazar lo infinito, que con sus mezquinos brazos cómo podría! El ideal es la perfección entera, porque la realidad en todo caso se compondrá de pedazos de perfección. Por el ideal forjamos bellezas sin mancha, amores sin crepúsculos vespertinos, dichas sin amargura, vidas sin muerte, y á cada eslabón de una alborada con su ocaso, atamos otro nuevo eslabón de otro nuevo día de más larga mañana y más luminoso poniente.

No: el idealismo no puede acabar, como no acaba el tiempo, como no acaba el espacio, como no acaban jamás las ansias divinas del espíritu.

Y ahora, en mi afán de ampliar la legalidad literaria y de abarcar el arte por todas sus fases y de huir de todo anatema, cambio de punto de vista y miro á distinto rumbo del horizonte, y me paso al enemigo por traición piadosa, y salgo á la defensa de aquello mismo cuyas exageraciones he combati-

do; que no me propongo en verdad sostener ambiciosas y mortales supremacías de ninguna escuela literaria. A cerrar contra desatinados exclusivismos se dirige mi discurso, no á convertirme en ciego cómplice de odios irracionales de idealistas contra naturalistas ó de éstos contra aquellos.

Que si la crítica propicia al naturalismo moderno es soberanamente injusta con las grandes creaciones idealistas y pretende cerrar su ciclo, ni más ni menos que pretende el positivismo dar por muerta toda metafísica pasada y por imposible toda metafísica futura, en cambio no faltan críticos, acaparadores del buen gusto, que con desdén aristocrático apartan de sí todo el naturalismo moderno con sus grandes obras y sus insignes ejemplos; séres para quienes Zola es el antecristo del arte y una bien aderezada oda de forma pura y correcta, y á ser posible soñolienta, el eterno modelo de las futuras edades.

En exageración cae el escritor naturalista, como en exageraciones han caído los más insignes escritores idealistas. La exageración del primero se llama nimiedad, pequeñez, prosaísmo, pesadez á veces, y á veces grosería y falta de decoro; la exageración del segundo se llama insustancialidad, falta de interés humano, frialdad de muerte, y á veces, si se me permite la frase, la nada esponjándose en el vacío.

Pero á las escuelas literarias no se las juzga por sus exageraciones, como no se juzga á los poetas por sus errores; errores y exageraciones debe apartar severamente el crítico, y con lo que hay de estético y de bello debe quedarse para materia de sus estudios.

El naturalismo tiene perfecto derecho á buscar interés y belleza artística y artísticas emociones en la naturaleza; desde la piedra inmóvil roída por el musgo hasta el sér humano devorado por el vicio. El arte que se eleva hasta el himno religioso, á veces desciende hasta el fango; y si arriba encuentra éxtasis para el alma, abajo encuentra estremecimientos para el corazón; y si los espíritus puros prefieren el arrobamiento, los que llevan carnal vestidura y fibra nerviosa, más

interés artístico encuentran en conflictos de imperfecciones humanas, que en plateadas neblinas de indecisos resplandores.

El crítico imparcial, de amplio criterio, debe admirar las plácidas estrofas del místico, sin que esto le impida, por estrechez de espíritu, el pagar tributos de admiración á los vigorosos y profundos cuadros de Zola, por ejemplo, que á veces entre descarnadas frases y desnudeces impúdicas llega por salto prodigioso á las altas cimas del arte. Y el que esto niegue, ó no tiene sentido artístico, ó lo reserva para uso exclusivo de sus aficiones particulares, ó no ha leído las obras del gran escritor francés; achaque muy común en cierta clase de censores, y que es achaque de inmoralidad literaria.

Porque, señores, la costumbre, la tradición diría mejor, el influjo de determinadas ideas, quizá antiguas tiranías de la escuela idealista, han creado cierto número de palabras, que han venido á ser moldes inflexibles en que se quiere vaciar el arte moderno en su propia evolución. Y digo esto porque es cosa admitida, que en las regiones artísticas sólo debe imperar la *belleza* ó la *sublimidad* ó sus diversas variedades, y en suma, todo aquello, y aquello tan sólo, que produce en el hombre *placer estético*; y aunque esto quizá en el fondo sea exacto, y de ello me ocuparé más adelante si tengo tiempo, es ocasionado á grandes errores, cuando se ajustan las ideas á la forma material de las palabras.

Yo creo que al arte pertenecen no sólo los *placeres estéticos*, sino los *dolores* estéticos; la risa como el llanto, la admiración como el asombro, la simpatía como el horror.

En suma, yo diría, y lo diré luego tan extensamente como pueda, si es que lo digo, que la misión del arte es producir *emociones estéticas*, y en la palabra *emoción* lo comprendo todo; aunque reconozco desde luego, como he reconocido ya, que en lo íntimo de tales movimientos del alma ante la creación artística, está palpitando, como verdadera esencia del fenómeno, el que pudiéramos llamar para entendernos *placer estético:* y hago esta salvedad, porque la propiedad de este ad-

jetivo es motivo de grandes controversias crítico-literarias y aun filosóficas.

De donde resulta, que un escritor realista, ó naturalista, ó désele el nombre que se quiera, puede, como hace Zola y como han hecho otros muchos antes que él, y como hicieron nuestros autores de novelas picarescas, tomar asuntos impuros, groseros y hasta repugnantes, sin que por ello merezcan incurrir en los anatemas de la crítica.

Estos asuntos son capaces de producir emoción estética, placer ó dolor, asombro, admiración y horror, y hasta lo que pudiéramos llamar repugnancia artística; pues con tal que los cuadros en que se desarrollen estén animados del verdadero espíritu del arte, y el autor encuentre el *quid divinum* ó el *quid diabolicum*, que eleva el alma ó estremece el corazón, bien venidos sean, que toda obra en que resplandezca una sola chispa de genio tiene sitio en el gran escenario de la vida moderna y en los anales de la historia contemporánea.

Dije, al defender el idealismo artístico contra el realismo, que hasta en lo *falso* podían hallarse destellos de belleza, hasta en lo *absurdo* ó en lo *imposible*; y ahora, defendiendo á los realistas contra los idealistas, y completando lo que á muchos parecerá extraordinaria paradoja, y yo creo que es verdad matemática, que sólo querran poner en duda inteligencias rígidas é inmóviles, ó, por el contrario, caprichosas y espantadizas, agrego que cabe la *energía estética*, capaz de producir grandes emociones artísticas hasta en lo más opuesto al bien, hasta en lo más opuesto á la verdad; bien que no soy yo el que por primera vez lo defiende.

Esto de que puedan buscarse manifestaciones legítimas del arte en lo *falso*, por cuenta del idealismo principalmente, y en el *mal*, con cargo á la escuela realista, ya se me alcanza que ha de sonar á herejía en muchos oídos; y sin embargo, yo creo que de todas estas aparentes antinomias pueden darse explicaciones satisfactorias aun para los más exigentes; explicaciones que por ahora suprimo, limitándome á consignar hechos indiscutibles é innegables para no alejarme demasiado de mi camino.

¿Quién duda que en lo *falso*, como antes decía, puede resplandecer la belleza estética? Pues casi todas las grandes imágenes y metáforas, tropos y figuras de la poesía, ¿no son *físicamente imposibles*, *absolutamente falsas*, en el sentido material interpretadas, aunque yo afirme que filosóficamente son verdaderas y expresan grandes leyes simbólicas de la realidad, ni más ni menos que las fórmulas algebraicas?

Pues sin acudir al torrente de oriental poesía de nuestro gran teatro; sin elevarnos á las extraordinarias creaciones del romanticismo; deteniéndonos en la más pura región de clásica belleza, y tomando un solo ejemplo al azar, ¿cabe mayor conjunto de sublime poesía y de falsedad disparatada, que en la descripción de aquel rayo que forjaron para Júpiter, según el libro 8.° de la Eneida, los cíclopes Brontes, Esteropes y Piracmon, y que empieza de este modo: «Tris imbris torti radios tres nubis aquosæ?» Porque en verdad, que para fabricar una centella, tomar tres rayos de granizo, otros tres de rutilante fuego, tres más de alígero viento, agregar á estos ingredientes nada menos que terríficos fulgores, con una buena dósis de *estrépito* y otra no menor de *miedo*; rociarlo todo *flamisque sequacibus iras*, con el furor de perseguidoras llamas, y poner en el yunque esta masa de granizo, fuego, estrépitos, espantos y llamas para sacudir encima, con sus enormes martillos, los buenos de Brontes, Esteropes y Piracmon, saliendo por fin de esta mescolanza clásica todo un rayo de cuerpo entero, paréceme, y perdóneme el Olimpo la blasfemia, que es forjar admirable belleza, pero con masa imposible de absurdos, falsedades y disparates; lo cual prueba mi afirmación, ó me declaro incompetente de todo punto en materia de demostraciones, á saber: que hasta en lo falso y en lo absurdo del orden material es dado crear admirable belleza.

Y si en el *mal* cabe *energía estética* (démosle este nombre) que supone en sus ocultos fondos verdadera belleza artística, díganlo tantos y tantos personajes de las literaturas clásica, romántica y realista, desde Luzbel á Lady Macbeth.

Sin sombra de justicia, y con exceso de pasión, acusan, pues, ciertos críticos á la escuela realista y al naturalismo por los asuntos que escoge ó por el medio biológico en que los desarrolla; que aunque acusarla pudieran por sus defectos, extravíos ó exageraciones, jamás el abuso es suficiente para que el uso deje de ser legítimo, y de culpas tales no hay escuela, ni época, ni escritor, que estén de todo punto limpios é inmaculados. Así es que yo concedo que el arte puede tomar á la naturaleza, en sus más repugnantes aspectos, como base de sus creaciones, y que al hacerlo ejercita indiscutible derecho; y aun concedo más, y admito, no ya la creación artística, sino la *pura y simple imitación*, con lo cual llego al último límite de las concesiones y á la defensa del último derecho del poeta. Yo creo ciertamente que el arte, en sus nobles esferas, no está reducido á la mera copia; yo no admito que en literatura, como en las artes plásticas, la fotografía literaria, digámoslo así, como la fotografía física, resuman en sí todas las energías de poeta ó del pintor; yo veo más anchos horizontes y más elevadas colinas extenderse y subir hacia las regiones donde moran los genios; pero aun así, para rechazar hasta la más ligera sospecha de exclusivismo, sostengo que puede haber verdadera creación artística en la mera imitación de la naturaleza, en lo que ahora se denomina método experimental, en el estudio, por ejemplo, de lo que ciertos escritores llaman *documentos humanos* en sus más empañadas, ó más negras, ó más repugnantes páginas.

Me explicaré en términos precisos.

Imaginemos un fenómeno cualquiera de la naturaleza inorgánica, el más desprovisto de belleza y poesía; ó un hecho de la vida social, el más prosaico y mezquino; ó una función fisiológica, ó, si se quiere, un desarreglo patológico; algo, en fin, sin belleza, sin gracia, sin interés: lo más insignificante, antiartístico y aun si se quiere repulsivo; pongamos ante aquel espectáculo sin valor estético á un escritor de verdadero genio, que copie con los signos del lenguaje el hecho miserable que contempla, y que lo copie con fidelidad perfecta, y yo sostengo,

que la imitación, la *sola imitación* de la realidad, que le sirvió de modelo, podrá ser germen de belleza.

O en términos más precisos, y más generales al mismo tiempo, yo afirmo que la copia de cualquier hecho, objeto ó fenómeno con *signos* y *elementos* distintos de todo punto de aquellos que componen el original; por ejemplo, la naturaleza, imitada con los sonidos que constituyen la palabra y con las palabras que forman el lenguaje; el mundo físico de tres dimensiones con la línea y el color; las emociones del alma con las vibraciones de las notas musicales; la carne humana con la piedra ó el bronce; el sentimiento religioso con arcos y pilares, grandes sombras y altas y pálidas luminarias; más aún: toda realidad, aun totalmente desprovista de armonía y encanto, prosaica y grosera por sí, al ser expresada fielmente, no con sus propios elementos, sino *con otros símbolos*, sorprendiendo en ella la unidad recóndita, y vaciándola en los moldes del pensamiento, puede despertar en el alma humana profundas ó por lo menos vigorosas emociones estéticas.

El hecho es industible, y la historia entera del arte lo demuestra: un hombre ahogado por serpientes, un cadáver putrefacto, no son en sí mismos objetos bellos; pero si se imitan en piedra ó en pintura, pueden ser objetos de gran valor estético. La explicación no me parece imposible ni difícil; pero como se relaciona con ideas que más adelante he de someter á vuestro respetable juicio, si es que les llega el turno, permitidme que por ahora me limite á consignar el hecho y el principio, dejando para momento más oportuno de este discurso la razón que, á mi entender, lo afianza y lo fundamenta.

Resulta de todo lo dicho, que aquellos críticos que con alardes de clásicos, idealistas ó románticos, ó con pretensiones de monopolizar el buen gusto, condenan al realismo ó al naturalismo moderno sin apelación; y aquellos otros que con vanidad de infalibles y con celo exagerado de neófitos dan por muerto todo idealismo, pecan contra el único criterio posible de la crítica, que es el de la imparcialidad; se convierten en tiranos del arte, ya ejerzan su tiranía á nombre de la

aristocracia clásica ó de la demagogia naturalista; y por espíritu cerrado y estrecho, atentan contra la única condición posible de la creación estética, que es la libertad dentro de su propia esfera.

Y aquí doy por terminada la segunda oposición, y no digo antinomia, porque no se me tache de pedantismo filosófico, entre el idealismo y el realismo; más aún, entre el simbolismo y el naturalismo, pidiendo paz y concordia no sólo entre los príncipes cristianos, sino entre los que buscan inspiración en las alturas de lo ideal, que noble anhelo es mirar hacia arriba, que allí está la esperanza, y entre los que inclinan su cabeza hacia el suelo, que empapado está de lágrimas y dolores humanos.

Con lo cual paso á ocuparme de otra oposición más y de otro nuevo conflicto entre tendencias contrarias.

No ya de escuela á escuela, en las grandes determinaciones del sentimiento estético, sino en los límites de cada escuela particular, anda hoy dividida la crítica, sosteniendo los más opuestos principios y cayendo lastimosamente en los más inexplicables errores, hasta el punto de olvidar cuál es el verdadero objeto del arte y cuál es el campo propio en que debe desarrollar el artista ó el poeta su potencia creadora.

Escritores hay, no muchos por fortuna, que después de dar por muertos todo sentimiento religioso y toda afición metafísica, dan por muerto también al arte, como si fuera fútil entretenimiento de sociedades infantiles y ocupación indigna de hombres serios y de reflexivas edades como la nuestra. El arte por el arte, la belleza por la belleza misma, la emoción estética por sí sola, paréceles desdichado anacronismo; y si por exceso de benevolencia transigen con el arte literario, es convirtiéndolo en auxiliar de otras ciencias, ó en arma de otros combates, ó en medio de conseguir otros fines: ya en la oratoria política para defender determinados ideales, ya como arte docente para propagar las grandes verdades de la cien-

cia, ya en el drama para inculcar ciertas ideas ó proclamar ciertas soluciones, pasando el arte de este modo á servidor humilde de señor absoluto en su esfera, que ha sido siempre; y de esta suerte y de un golpe, la religión, la metafísica y la obra puramente estética, pasan al archivo de los documentos históricos y al panteón de los muertos ilustres.

Los que así discurren, debieran, antes de lanzarse á tamañas afirmaciones, ver si por cataclismo inadvertido del mundo moral ha cambiado el sér humano por manera tan profunda, que ya no sea lo que siempre fué; si es que por acaso siente y piensa como jamás logró pensar y sentir. Porque de otra suerte, ni dejará de creer en algo, por más que procuren embutirle en el negro tabernáculo del pesimismo, ni dejará de forjar sistemas filosóficos, con tanto más afán forjados los nuevos, cuanto más aprisa se derrumben los antiguos, ni cesará de sentir emociones estéticas de placer, dolor ó asombro ante los espectáculos bellos, patéticos ó sublimes.

¿Acabaron, por ventura, las alegres alboradas ó las expléndidas puestas de sol?

¿No hay ya empinadas montañas con agujas de nieve, y alegres valles con sombras y aguas vivas?

¿Es el mar charca sin oleaje, y el cielo silencioso hueco sin tempestades?

¿Tan sordo se quedó el aire, que no trasmite ni gorjeos, ni susurros, ni ondas sonoras?

¿Tan por igual de la masa humana pasó el horizontal rasero de nuestro siglo, que todos los hombres son igualmente buenos ó igualmente malos, sin que sobre el nivel común suban virtudes ó caracteres, ó bajen y ahonden en lo negro crímenes, odios ó embravecidas pasiones?

Y por otra parte, pasando del mundo exterior al propio sér que lo contempla, yo prosigo preguntando: ¿cegaron los cristales de nuestros ojos, y ya ni la luz ni los colores circulan por su trasparencia? ¿Saltaron los nervios de nuestros oídos, y ya la vibración sonora no penetra rítmica y ondulante? ¿No hay pasiones en el corazón, ni amor en el alma, ni anhelos en

la existencia, ni forja tristes ó alegres imágenes la fantasía?

Pues si la naturaleza es lo que fué, y como es la siente el hombre, y sus facultades y potencias antes se agitan cada vez con más vigor en esta fiebre europea de lucha, de vida y de progreso, que se adormecen en algo parecido al nirvana índico, yo afirmo que el arte y la poesía tienen condiciones de existencia y son permanentes con todo lo que hay de permanente en el mundo inorgánico, que trabaja sin descanso, y en los organismos, que perpetúan la vida sin cesar, y en el sér humano, que cada vez siente más, y piensa con mayor profundidad, y quiere con mayor energía.

Afirmaciones todas estas que sostengo, que me parecen inquebrantables aun bajo el punto de vista del positivismo, y aun cuando me colocara por vía de argumentación en las mismas fronteras del materialismo, como provisionalmente voy á colocarme.

Cuando se pruebe que una de nuestras fibras ha muerto para siempre, y que ya la herencia biológica no la trasmite, se habrá probado que los fenómenos que de esa fibra dependen acabaron para siempre; cuando se demuestre que una de nuestras facultades se atrofió por completo en todas las razas humanas, se habrá demostrado la muerte parcial de nuestro sér; pero mientras hipótesis tales no pasen de afirmaciones que forjó el capricho y la bilis de unos cuantos, ó quizá sus propias incapacidades, la masa humana seguirá viva y completa con todas sus potencias y todas sus energías, y con el dolor y el placer que por ella circule en los inacabables oleajes de sus océanos y en las perpetuas luchas de sus fuerzas.

Tales consideraciones me obligan á sostener la permanencia del fenómeno estético en el seno del cosmos y en el seno de la masa social; y esas mismas consideraciones, y otras que indicaré, me obligan asimismo á defender contra los nihilistas del arte, el arte en sí y la ciencia estética, como grupo de conocimientos que abarcan determinado orden de fenómenos.

Fijemos las ideas.

El mundo material por una parte, por otra las sociedades

humanas, son séres complejos; infinitos fenómenos exteriorizan (si me permitís esta palabra) su esencia, haciéndola, por decirlo así, sensible ó patente; y aunque todos estos fenómenos forman una prodigiosa pero completa unidad, de un golpe y de una mirada, sólo un sér infinito sobre todos los infinitos podrá abarcarla y comprenderla. La inteligencia humana necesita dividir y analizar la pasmosa totalidad del cosmos, para irlo estudiando por partes: divisiones y análisis que á veces podrán ser artificiales, pero que son necesarios para que el *sér finito* se dé cuenta de los elementos aislados antes de que ensaye síntesis más ó menos amplias del conjunto. Esto ya lo dijo Lessing, y antes que él otros muchos; y hoy es verdad de sentido común, que por la enseñanza elemental discurre como precepto evidentísimo y regla ineludible de toda ciencia; pero que no por ser común y corriente, es menos cierta ni menos importante.

Así es, que cuando aparece un grupo de fenómenos análogos, todos del mismo orden y con caracteres dominantes comunes, hay la presunción racional de que la multiplicidad de tales hechos podrá resolverse en grandes leyes, y éstas al cabo en una final y definitiva, con todo lo que llegará á constituirse una ciencia.

Pero hay miles y miles de fenómenos naturales; hay objetos sin fin que la industria ó el ingenio del artista forja de continuo; hay acciones humanas que en el seno social se desenvuelven, ó que en la historia quedaron para siempre, capaces todos ellos, fenómenos, objetos y acciones, de producir en el hombre una *especialísima emoción* inconfundible con otra cualquiera, y al mismo tiempo profunda y desinteresada. Esta emoción tiene muchos nombres: dolor, placer, admiración ó entusiasmo; pero siempre es un matiz ó semitono de esa misteriosa gama de la Estética, que empieza por las negruras del horror y acaba por las infinitas vibraciones de lo sublime.

Existen, pues, los *hechos estéticos* con multiplicidad de aspecto, pero con caracteres comunes; y existirá por ende la ciencia que los estudie, la ley que los siga y el principio que los comprenda.

Como existirán el artista ó el literato, procurando reproducirlos con piedras, colores, sonidos ó palabras, y llevando tras sí al crítico que los juzgue y al público que los contemple y los sienta.

De donde yo deduzco que el arte tiene realidad por sí mismo, sea cual fuere la materia á que se aplique: un fondo propio, un campo perfectamente deslindado, fronteras amplísimas y sagrada autonomía, mal que pese á sus prosaicos enemigos y matadores de intención.

Y hé aquí por qué defiendo el arte por el arte como *creador de belleza*, sin servidumbres ajenas, ni prestadas energías.

Pero como he rechazado el error de aquellos espíritus excesivamente positivistas y utilitarios, que reniegan del arte verdadero, debo rechazar otras injusticias y otros errores no menos funestos, que vienen de contrario rumbo, y que sutilizando la materia artística, la empequeñecen, estancan y esterilizan.

Que el arte busca la belleza, y no más que la belleza, siquiera la emoción estética tenga profundas resonancias en otras esferas y sea fecunda en consecuencias intelectuales, morales y sociales también, ya he dicho que es para mí proposición axiomática; y así, el arte docente, la obra cuyo único objeto sea sostener determinada tesis, la creación artística subordinada á otros fines, que no sean los del arte mismo, serán manifestaciones legítimas de las facultades humanas, y podrán ser útiles y convenientes; pero no serán obras puramente artísticas, sino géneros mixtos é indecisos, de esos que aparecen en las fronteras de las ciencias y de las artes á favor de la confusión ó vaguedad de los límites, como son disputadas las fronteras de las naciones rivales, brotando á veces, para asegurar el equilibrio y afianzar la paz, estados de neutralidad y contrapeso.

Pero con todo esto, hay que confesar que lo bello, como lo sublime (para no tomar más que dos términos de la escala), no tiene existencia sustancial é independiente por sí: no existe de una parte *un sér* que *se llame belleza*, y separado de éste

el resto de los séres; de modo que con fijar la vista en aquella sustancia privilegiada, y con volver la espalda á las demás realidades, se contemplase ya lo único bello que pudiera haber en el universo.

No en verdad: lo bello, lo mismo que lo sublime, existen encarnados en algo: en alguna realidad material, en algún acto humano, en algún sér, ó en algún fenómeno por vaporoso que fuere, siquiera sea el sueño de un poeta.

No existe la belleza como entidad: las entidades aristotélicas ya pasaron.

No es ni siquiera una diosa del cielo pagano; ni una neblina metafísica condensada; ni un sér aparte de los demás, cuya imagen podamos fingir en el mármol ó en el lienzo, ó describir con la palabra, ó contornear con la línea ondulada de la melodía. No llegaron á suponer tanto ni Platón ni Plotino con todo su idealismo; ni los mismos arquetipos de belleza alcanzaron tan absoluta autonomía.

De suerte, señores, que pedir al arte que represente la belleza, sin algo que por decirlo así la sostenga y dé realidad, paréceme que es pedir un imposible, y que á fuerza de purificar bellezas y sublimidades, unas y otras se convierten en nombres vanos rellenando espacios vacíos.

Pero críticos hay, por otra parte muy dignos de respeto, que aun no llegando á tanto, por este camino van sin tener conciencia de lo desatinado de su marcha. Literatos refinadísimos, que por sublimar el arte, lo hacen imposible, estrechándolo en campo tan reducido y tan esquilmado por generaciones y generaciones de genios, que toda nueva tendencia, todo genial arranque, todo horizonte amplio quedan fuera del amantísimo albergue, que á los tradicionales y privilegiados se les reserva.

Así es, por ejemplo, y valga uno entre muchos que pudiera señalar, cómo tales distinguidísimos críticos, entre otros anatemas de menor cuantía, lanzan uno muy cruel y despiadado sobre todo escritor, que en sus obras literarias aborde determinados problemas sociales, considerando dichos censo-



res, tamaño intento á modo de desatinada empresa, cuando no como profanación del arte puro é inmaculado de la tradición clásica. Y sin embargo, esto se ha hecho siempre, y no hay obra notable en todas las literaturas, que explícita ó implícitamente no entrañe un gran problema; siendo lo curioso del caso, que á igualdad en el desempeño, la obra resulta tanto más elevada é imperecedera, cuanto más trascendental es el problema que envuelto en formas artísticas se agite.

Lo que hay en el fondo de esta opinión muy respetable, pero muy errónea, y de todo en todo insostenible, es una marcada tendencia á confundir cosas diametralmente opuestas.

Que una obra de arte, que se proponga por único objeto sostener una tesis, ó demostrar un teorema, ó explanar una doctrina, no pertenece al verdadero arte, sino á ese género mixto, que en retórica se llama género didáctico, ya lo he reconocido y confesado; y que por este camino se desvía al poeta de su propia misión y hasta se le puede arrastrar á los regocijados abismos del ridículo, tampoco me parece dudoso; pero que el escritor épico, lírico ó dramático no pueda escoger materia para sus creaciones y para realizar con ellas la belleza, en todo aquello que contenga elementos estéticos suficientes, siquiera sea en un problema social ó filosófico, y aun político, paréceme que es pretensión tan absurda como funesta.

Ni esto se hizo jamás, ni si se hiciese sería otra cosa que la negación de todo progreso en el arte y la imposibilidad de todas sus futuras transformaciones.

No escribirá el poeta un drama, pongo por caso, con el propósito de demostrar, que el cuadrado de la hipotenusa es igual á la suma de los cuadros de los dos catetos; pero podrá pintar á Arquímedes, como pudiera pintar á otro sabio cualquiera, absorto en sus meditaciones matemáticas, anegado su espíritu en la belleza inmaculada de las leyes geométricas, separado del mundo y de sus luchas por el abismo que media entre la tosca realidad y los resplandores de formas y leyes ideales, con los sentidos ausentes y el espíritu reconcentrado

en un problema, sin oir el estrépito del asalto ni los gritos de triunfo de los soldados de Marcelo penetrando en Siracusa; sin ver al brutal romano que á él llega, y sintiendo acaso, antes roto el hilo de sus ideas en el cerebro, que en el cuerpo el golpe del sacrílego hierro.

Y es tan evidente, que algo parecido á esto puede hacerse dentro de los moldes artísticos más severos, que un insigne escritor inglés, de gusto y escuela clásica, en una de sus más admiradas obras ha hecho, del fanatismo de un sabio, materia fecunda de hermosos rasgos de carácter y de dramáticas situaciones.

Pero ¿á qué esforzarme citando ejemplos modernos, cuando apenas hay obra alguna de importancia, ni moderna ni antigua, exceptuando las puramente descriptivas, y aun sobre éstas algo habría que decir, que no sea prueba firmísima de mi aserto?

No sospechaba acaso la musa homérica, que en el fondo de la Iliada se agitase toda una teogonía, ni que en los heróicos combates que relata, pudiera reflejarse la lucha histórica del Asia y de la Europa; pero no por eso dejan de servir de fondo á la sublime epopeya grandes problemas históricos y semidivinos: y es natural esta armonía entre el fondo y la forma, que nunca en marcos de miniatura cupieron los grandes lienzos, ni en cerrado y mezquino gimnasio lucharon dioses y titanes.

Y el Prometeo de Esquilo ¿no es, por ventura, un inmenso, un eterno problema?

Y el teatro de Eurípides ¿no usa y abusa de los problemas filosóficos?

Y Aristófanes ¿deja de crear obras artísticas por convertirlas sañudamente en armas de combate, atacando á los políticos, á los filósofos, á los poetas y á los mismos dioses con el escarnio, el insulto y el ridículo?

Y la inferioridad artística, bajo cierto concepto, de los latinos ante los griegos, ¿no estriba acaso en que el fondo ha perdido la primitiva originalidad y el primitivo vigor, siendo en aquéllos, ideas maduras y aceptadas, las que en éstos, pro-

blemas del cielo y de la tierra, que se plantean por vez primera con toda la energía de la juventud?

Y si en el ciclo literario de la Edad Media el carácter artístico cambia, ¿no es acaso porque donde hay creencias firmísimas y fe viva y orden social, que gira sobre ejes inquebrantables, la duda apenas cabe; y donde todo está resuelto y la vida y la muerte sujetas á programa uniforme, los problemas filosóficos, sociales ó artísticos no tienen espacio en que extenderse?

Pero que la duda empiece á filtrarse en los espíritus, y to dos los grandes escritores, los que dudan como los que no dudan, propondrán cuestiones y agitarán problemas, y la literatura participará del nuevo carácter de dicha emancipación.

No se propuso Cervantes, según ciertos críticos, pintar el eterno conflicto entre la realidad impura y el soñado idealismo; ni es de creer que sobre preconcebidos planes de profundos problemas trazase las inmortales páginas del *Quijote*; pero lo que él acaso no se propuso, resultó por sublimes caprichos de la inspiración; que grandes obras sin un alma grande que las inspire, no existen: lo que sí concedo es que en la generación artística, como en toda generación, lo ajeno á la voluntad entra por mucho, y que quien pone en apreturas de alumbramiento á un monte, engendra un ratoncillo, y á veces sin más pretensiones que el placer de unos instantes se engendra un genio.

¿Pero á qué citar ejemplos? Del Renacimiento acá ni una sola obra de primer orden deja de contener un gran problema ó de sostener determinada tesis.

¿No es problema *La vida es sueño*? Y éste sí, que está de antemano pensado y pretendido, y con premeditación y hasta con ensañamiento; que no se detuvo Calderón en la primera tentativa, ni se dió por satisfecho hasta ver convertida en gloria del teatro aquella profunda idea, que sentía bregar en su cerebro.

¿No encierra una tesis y un problema político *El Alcalde de Zalamea*?

¿No hay verdadera tesis filosófica y religiosa en *La Devoción de la Cruz?*

Aquel Príncipe de Dinamarca, la más profunda creación de Shakspeare, ¿no es un eterno problema para los críticos? ¿Sólo se propuso, por desdicha, el gran dramaturgo inglés pintar un crimen vulgarísimo, un adulterio y una venganza, imitando punto por punto la vieja historia de los atridas, ó se propuso algo más hondo? En aquel hervidero de problemas, ¿no dice el mismo Hamlet la célebre frase de su admirable monólogo: «to be or not to be, that is te question?» ¡Ah! el incauto creador de Macbeth y del rey Lear, que se atreve á pronunciar la palabra *questión* (ó problema, que tanto da) sin caer en la cuenta de que andando el tiempo había de sonar tal palabra á dislate ó aberración en los pulcrísimos oídos de tantos y tantos críticos, como pretenden legislar sobre bellezas y sublimidades, sin más título que su arrogancia ni más ley que su capricho.

Y saltando de un extremo á otro en cuanto á gustos y tendencias, *El sí de las niñas* y *El café*, sobre todo la primera de estas dos comedias, ¿no son dos tesis? ¿O es que también pecó el sesudo y admirable Moratín?

Aclaremos, pues, nuestro pensamiento, para evitar dudas, que no pueden tener cabida en cuestión tan concreta, ó para evitar malas inteligencias, que no podrían ser otra cosa que torcidas voluntades. Donde existan elementos estéticos de belleza, yo afirmo que existe materia propia para que el escritor ejercite sus facultades artísticas, sin que nadie tenga derecho para convertir en terreno vedado el ancho campo con que la naturaleza ó la sociedad le brindan libremente; y poco importa lo que ésta, que pudiéramos llamar *primera materia*, sea ó signifique: divina ó humana; fenómeno del mundo inorgánico ó agitación social; problema metafísico ó problema político; el amor ó el divorcio, el duelo ó el afán de la ganancia; todas las pasiones y todos los conflictos, todos los crímenes y todos los sacrificios, son buenos para el arte, con tal que se encuentre escritor que los comprenda y sepa convertir

la masa primitiva de informe mármol en bellísima estatua. Y sin necesidad de que yo cite obras admirables, que son pruebas vivas y gloriosas de mi afirmación, sólo con la enumeración que precede basta para mi objeto; que quien hable del *Duelo*, recuerda *Lances de honor*, y quien sobre ganancias indignas discuta, recuerda también el *Tanto por ciento;* y dos nombres acuden á los labios, y en ellos se detienen, por no herir la modestia de un admirable autor dramático, y no poder herir, por desgracia, la de otro siempre llorado y admirado siempre.

Pero no sólo este afán de empequeñecer asuntos y argumentos, ó de llevarlos al menos por caminos vulgares de puro recorridos, es de todo punto injusto y contrario á la tradición del arte, según dije há poco, sino que impide las naturales renovaciones y la transformación progresiva de todos los géneros literarios.

El arte es eterno; sus grandes y varias tendencias son siempre las mismas; constantes son sus leyes; sus moldes cambian poco, cuando más toman algún ensanche; pero la *materia*, digámoslo así, que en esos moldes se vacia, el bronce ó el mármol en que el artista crea y esculpe, esa sí que varía de uno á otro siglo, sobre todo en lo que al fondo social se refiere; porque varían las creencias, las costumbres, el espíritu que anima á cada raza, los problemas que las agitan; y hasta las mismas pasiones, si en el fondo son idénticas á las que fueron, en sus manifestaciones son diversas, pues la carne humana, estremeciéndose siempre con los mismos nervios y contrayéndose con los mismos músculos, toma distintas apariencias en el desnudo clásico ó bajo la túnica griega, que en los caprichos de la moda parisiense y en sus velados y picantes encantos.

Por eso, cuando se habla de nuevas formas y nuevos moldes como renovación del arte, yo no puedo contener una sonrisa, no diré de lástima, pero sí de duda: lo que más importa buscar en el arte, no es la renovación de la forma, sino la renovación del fondo.

¡Qué mezquina transformación en el mundo artístico la de

los moldes, si se compara á la transformación inmensa de ideas, sentimientos, creencias, dudas y energías!

Renovando las almas, se han transformado todas las literaturas, no buscando modistas ó modistos para nuevos trajes ó más pintorescos perifollos.

He defendido los legítimos derechos de todas las escuelas, que todas tienen derecho indiscutible á una legalidad común, como se dice en política, para entrar más pronto ó más tarde en las grandes síntesis artísticas; pero no por eso puedo desconocer el carácter propio de nuestra época, sus dolorosas luchas, sus internas aspiraciones, sus latentes energías; y en este siglo de transformación y de duda, es lo cierto, que en el fondo de cada hecho social, como en el fondo de cada fenómeno de la naturaleza, hay *un problema*. Pues bien, si el siglo XIX es el siglo de las dudas y el siglo de los *problemas*, ¿cómo hay espíritus tan preocupados y tan ajenos al propio medio social en que viven, que desconozcan esta verdad, que por doquiera se muestra, entre gritos de triunfos acá, entre conflictos y amenazas más lejos?

Siempre los grandes problemas sociales, en su acepción más lata comprendidos, han sido objeto del arte literario; como que el arte no ha hecho más que recoger la emoción artística que encerraban y darla forma; ¡y hoy se pretende renegar del pasado, desconociéndolo, ó esterilizar el presente, inmovilizando sus fuerzas más poderosas, y cerrar el camino al porvenir! ¡Ceguedad inconcebible, que por fortuna es tan impotente como todo linaje de ceguera: los que no ven su camino, se quedan donde están, sin más inconveniente que servir de pasajero estorbo y de tropiezo de un instante á los que caminan!

En resumen, señores, la doctrina que sostengo sólo tiene un límite, un correctivo y una sola condición puede imponérsele: que el asunto que el literato escoja, sea el que fuere, tenga jugo estético suficiente, si la frase me es permitida, para que el arte no quede en lugar secundario, cuando tratándose de obras artísticas, debe tener preferente lugar; en suma, y

valga esta otra imagen, tosca, pero exacta: que la cantera de artístico mármol valga la pena de ser explotada.

Esto por una parte, y por otra, siguiendo con ambas imágenes, que el escritor sepa extraer el jugo del problema y sepa explotar la cantera marmórea, creando algo bello y no engendrando insulsas producciones sin vida ni valor artístico.

Con lo cual doy por terminada esta contradicción más, entre las muchas que por el campo de la crítica se revuelven, proponiendo esta conciliación que me parece fundamental.

El arte debe cultivarse por el arte, la belleza debe crearse porque es belleza, sin fin utilitario; pero el artista ó el poeta ó el literato puede ejercitar su acción creadora en todos los campos y en todas las esferas, sin que nada ni nadie limite su acción más que la ley estética.

Busque la emoción estética, pero sólo la emoción estética, y la obra, que la engendre donde quiera: en el cielo como en la tierra, en las tinieblas como en la luz, en el átomo que se agita como en el corazón que sufre, en los retorcimientos de un Luzbel como en los resplandores de un Dios.

Y para terminar esta serie, pasemos á un último conflicto,

No ya sobre el espíritu y la esencia del arte, sobre el campo en que deba desarrollarse y sobre la atmósfera que respire, andan divididos unos y otros, sino que descendiendo á lo más concreto y tratando de las formas, que el arte ha de elegir para su perenne creación, salen al paso las opiniones más extrañas, y á mi entender, más absurdas. Valga esta, por ejemplo.

El *verso*, hay quien dice, terminó su misión por los siglos de los siglos; el *ritmo* es afectación irresistible; la *rima* artificio molesto; la *estrofa* molde que ahoga al pensamiento, lo estruja y lo desfigura: todo el mecanismo de la versificación es forma vieja y gastada, que desaparecerá al fin, cuando una

sociedad reflexiva y severa venga á ocupar el puesto de nuestras pobres sociedades decadentes y femeninas.

No hay, en verdad, como las exageraciones de una opinión estrecha y terca, ó la pasión ciega de un sectario, para vaticinar ruinas y desastres: si todo aquello cuya inmediata muerte se ha presagiado, hubiese muerto para gloria y satisfacción de fúnebres profetas, nuestro pobre globo sería un inmenso campo santo semiesférico, con largas filas de cipreses en los Alpes, el Himalaya y los Andes, interminable procesión de sauces en las riberas de todos los mares, y cinco soberbios mausoleos en los cinco puntos céntricos de las cinco partes del mundo.

Felizmente, nadie se muere cuando á los demás les apetece que muera, sino cuando por ley ineludible es llegada su hora; y esto ha de sucederle á esa forma *semi-divina* del arte, que tiene por heroico antecesor al exámetro, que se desenvuelve ágil y vigoroso en nuestros admirables romances; que toma múltiples y ricas vestiduras, según la emoción artística lo exige, y que en sus musicales contornos, ya nobles, ya enérgicos, ya tiernos, ya retozones, siempre encierra inagotables tesoros de sobrehumanas armonías.

Sostener que la forma métrica ha de desaparecer, vale tanto como empeñarse en que desaparezcan los rayos de luz, que cruzan en todas direcciones como urdimbre maravillosa del espacio.

Porque, en rigor, una larga fila de armoniosos versos y un rayo de luz que en diáfana columna se prolonga, son una misma cosa, y así la razón lo comprende cuando penetra en la esencia íntima de ambos hechos.

No en estilo poético, ni como imagen más ó menos galana, ni siquiera como semejanza más ó menos próxima, sino como identidad física y objetiva, tan perfecta como la ciencia exija, pueden establecerse estas analogías, que establezco, entre las bellezas de la medida y del ritmo poético y las armonías de un rayo luminoso.

¿Qué es, por ejemplo, y perdonad á mis especialísimas afi-

ciones este recuerdo, un rayo de luz polarizada? Imaginad una línea recta, compuesta de átomos etéreos, inmóviles por el mutuo equilibrio: como si dijéramos, una *línea de sombra*, que en óptica, sombra é inmovilidad son una misma cosa. Suponed ahora, que una causa cualquiera, propia y adecuada al fenómeno que analizamos, ha puesto en vibración todos los puntos de esa cuerda ideal de éter. Admitid, por último, que cada átomo oscila transversalmente á uno y otro lado de su posición primitiva, ó mejor dicho, perpendicularmente á la recta que marca la dirección del rayo, y habréis convertido la línea de sombra en línea luminosa, que despertará en el nervio óptico una sensación y en el alma la idea semi-divina de la luz.

Pues bien, señores; si de igual suerte que vemos el fenómeno con la inteligencia pudiéramos verlo descompuesto en sus elementos con algún otro sentido más sutil que la vista, veríamos una columna, por decirlo así, de pequeñas líneas paralelas é iguales marcadas por la vibración de los diferentes átomos, algo como el esqueleto de una columna de versos, cuya armazón también se compone de líneas paralelas y próximamente iguales, que en prolongada hilera se extienden. Tendrémos, pues, dos verdaderas cintas de armonía, formadas: una, de líneas vibrantes; otra, de líneas vibrantes también: aquélla, palpitación del átomo etéreo; ésta, palpitación de una idea: fajas antes homogéneas, oscuras y silenciosas, diferenciadas después en sentido transversal por el movimiento de un punto del éter en la primera ó por el movimiento del alma del poeta en la segunda.

Pero no es esto sólo; que esto no pasaría de ser una semejanza puramente geométrica entre la escritura común y la representación esquemática de un fenómeno físico.

Hay esta circunstancia singularísima: que todas las líneas transversales trazadas por los diferentes átomos etéreos están descritas *en el mismo tiempo*; de suerte que los versos, llamémoslos así, del rayo luminoso, tienen la misma medida, son verdaderos versos de la línea de luz, son los exámetros ó los pentámetros ó los endecasílabos de la estrofa poética que va por el espacio.

Y, por otra parte, todos los versos de la composición poética son á su vez líneas de igual vibración, mídase ésta por pies métricos, como en la versificación clásica, ó mídase por el número de sílabas, como en la metrificación de toda la Europa moderna.

El principio es el mismo: unidad idéntica de vibración en todas las líneas transversales, ya consideremos la línea transversal de un verso, ya el espacio recorrido por el átomo vibrante de la luz polarizada.

Y no es esta la única semejanza que existe entre un rayo luminoso (un rayo acústico podríamos decir también) y una composición poética. Penetrando en el fondo del espectro óptico y del fantasma poético, y valgan ambos nombres, que algo quiero decir con ellos, encontramos nuevas analogías y semejanzas, que estrechan y aproximan las leyes de ambos fenómenos, tendiendo á fundirlas en una ley superior.

Si enlazásemos con el pensamiento, por una curva, los varios átomos de éter en cada instante, y pusiéramos ante la vista la trayectoria que resulta, la cual sería una sinusoide en el caso más sencillo, y que en cierto modo representa el primitivo rayo rectilíneo de sombra, elegantemente contorneado en línea serpentina, tipo en el arte de la flexibilidad y de la gracia; veríamos, repito, una periodicidad perfecta en todos sus puntos. Y á la derecha, por ejemplo, á intervalos iguales, se reproducirían las mismas curvaturas ó puntos máximos, ni más ni menos que en toda composición métrica se reproducen, con determinada ley de periodicidad, los *consonantes*, y con igual periodicidad que en el rayo de luz, los asonantes del romance.

Y es que la semejanza no es casual ó artificiosa; que la función que ejercen *asonantes*, *consonantes* y puntos máximos de la vibración luminosa, es la misma: marcar los límites de cada período; porque la luz tiene también su rima geométrica y mecánica, y en uno y en otro caso, la repetición á intervalos iguales de la misma curvatura en la curva de la sinusoide, ó la repetición de iguales sonidos en la curva simbólica

del verso, tienen el mismo objeto, á saber: marcar el principio y el fin de cada período y la reproducción de la misma unidad, que está presente con admirable constancia en toda la variedad de átomos, en toda la diversidad de puntos del espacio y en toda la multiplicidad de ideas y de sentimientos que esmaltan la vibrante línea de la versificación.

Pero no son estas las únicas semejanzas, que entre la vibración luminosa y la que pudiera llamarse vibración poética, encuentra la ciencia moderna.

En cada verso y en cada estrofa hay cierta variedad de pausas, acentos, cesuras y accidentes fonéticos de todo género, que se reproducen de período en período, ó en las partes de uno mismo con mayor ó menor exactitud y que constituyen el *ritmo*, concepto no bien definido en general, aunque susceptible de precisa y clara definición; pues bien, este mismo ritmo puede encontrarse al estudiar en cada período de vibración luminosa sus accidentes geométricos y mecánicos, con lo cual se estrechan y se confunden más y más ambos fenómenos, y más en evidencia se pone la unidad superior que los comprende, y de la que no son sino determinaciones particulares.

Expresa, pues, la versificación este hecho importantísimo y trascendental en materias de Estética: la reproducción y repetición constante de un período, la ley de periodicidad, en una palabra; y mientras este supremo principio de la naturaleza y del espíritu no se anule, y no es fácil que esto se consiga por el mal humor de un crítico, ó por el espíritu prosaico de otro, ó por la influencia pasajera y antiartística de la moda, ó por imitaciones serviles de allende los Pirineos, subsistirá la forma métrica para todos los casos que la reclamen como única y exclusiva, y para todos aquellos á que pueda aplicarse sin violencia.

¿Y cómo no? La ciencia y la tradición lo afirman á una; por algo el *verso* representa glorias de nuestra literatura; por algo palpita el corazón de nuestro público al oir un gallardo romance, una hermosa redondilla, el elegante ritmo de las quintillas y décimas, ó los majestuosos acentos del endecasíla-

bo. Ley de periodicidad es el verso; y ley de periodicidad de glorias nacionales es la emoción del público ante las armonías del metro, del ritmo y de la rima.

¿Y por qué, penetrando aún más en el problema, se pregunta el espíritu siempre curioso; por qué la ley de periodicidad, expresada por la medida, el ritmo y la rima, es tan fundamental en lo que pudiéramos denominar la estética de la versificación?

¿Qué misterio físico, metafísico ó espiritual hay en el fondo de este hecho tan vulgar y tan sencillo á primera vista?

La pregunta es legítima, y la contestación no es difícil, ni mucho menos imposible, al menos á mi entender.

Casi todas las teorías estéticas, desde las más idealistas hasta las que forja el más intransigente sensualismo, convienen en que la belleza del mundo exterior, ya en los objetos naturales, ya en las creaciones del arte, ya en el mundo moral, suponen estos tres elementos: *variedad*, *unidad* y *armonía* entre ambas.

Podrá esta fórmula ser más ó menos vaga, y estará sujeta á interpretaciones diversas, según sea la escuela estética que la proclame; pero que toda manifestación artística supone multiplicidad de elementos, de tal modo ordenados, en tales proporciones y con tal conveniencia de unos respecto á otros, que al fin, cierta unidad de armonía brota del conjunto, y á la vez resplandece por sí y en cada elemento se determina, pero sin anularlos ni desvanecerlos, antes bien, dándoles nueva y más alta expresión en su individual existencia, para que de este modo lo particular y lo general se unan y compenetren en los maravillosos moldes del arte—paréceme teoría evidentísima, que nadie podrá rechazar, y que es último residuo y transformación racional de aquellas célebres unidades aristotélicas.

Y bien, señores, la memoria no es más que una síntesis de la variedad, que en el seno del tiempo se desarrolla; tener memoria de tiempos y sucesos, es reducir lo múltiple de un fenomeno á la *unidad* de la conciencia; y quizá por eso la memoria aun de sucesos tristes encierra en su seno poesía misteriosa y

cierto linaje de belleza. Es que el sér humano ha retirado á sí y ha recogido la sucesión de los instantes, como hilo invisible que se aprieta y se reune en un punto; y allí está, en el recuerdo, como en unidad suprema, condensada la variedad, sin que sufra menoscabo; acto prodigioso que es uno de los mayores triunfos á que puede aspirar el hombre, y quizá el más profundo problema de la metafísica.

La coexistencia de lo múltiple y de lo sencillo sin anulación de aquél ni de éste; ser posible lo vario y lo permanente al mismo tiempo; no aniquilarse por una parte los individuos, cuando á todos ellos se les recoge y oprime en un centro, que esto en religión es el abismo de la nada en que cae el panteísmo, y en política el abismo de la tiranía en que caen los pueblos cuando la autoridad arbitraria lo es todo, y en el arte el abismo de lo insípido en que precipita al poeta el despotismo de las reglas; y por otra parte, no desvanecerse en la nada la unidad al desgranarse en átomos, que esto en religión es el materialismo atómico, y en política la demagogia y el nihilismo, y en el arte la imitación pueril é insustancial de los accidentes menudos; resolverse, en suma, esta gran antinomia en algo que á la vez satisfaga á la inteligencia y al sentimiento, siempre me ha parecido empresa titánica, y siempre el asombro se ha apoderado de mí al ver cómo la memoria y la conciencia, por manera vulgar y modestísima, la resuelven de continuo desde el más humilde cerebro á la más gloriosa inteligencia.

Decía, pues, y vuelvo á tomar el hilo de mis reflexiones, ó más bien en él continúo, que caracterizar con ciertos hechos instantes que pasaron, y ya diferenciada por la realidad la monotonía del tiempo, recoger todas estas diferencias en una unidad superior, si no era crear algo bello, porque esto no basta para la creación artística, era al menos realizar un principio importantísimo de la Estética.

Pues esto hace precisamente la *versificación*.

Dividiendo el tiempo en pequeñas porciones, y poniendo en cada una de ellas ya estrofas, ya versos, ya grupos fonéti-

cos elementales, se diferencian las varias duraciones, se introduce la variedad en la monotonía, y en la masa uniforme de instantes todos iguales, algo que los caracteriza. Ya cada momento es, por decirlo así, un individuo inconfundible con los restantes: lleva como un signo ó sello distintivo. Y por otra parte, dando á todos los versos ó á grupos ordenados de los mismos *idéntica medida* é *igual ritmo;* y á la vez á cada estrofa la misma estructura, ó los mismos consonantes ó asonantes, todos los elementos rítmicos quedan como marcados con la misma *unidad:* á todos se les recoge en la misma síntesis, constituyen en cierto modo los pliegues que han de superponerse sin destruirse, antes bien, acomodándose unos sobre otros al apretarlos en los moldes misteriosos de la memoria.

En resolución, la periodicidad en el verso y las leyes que la representan, realizan el gran principio de la *unidad*; hacen posible lo *uno*, reflejándose en lo *vario* y dominándolo sin aniquilarlo; y representan una de las más elevadas operaciones del humano espíritu; operación que palpita en toda belleza: en la de la *luz*, qué bella es á pesar de cuanto opinan en contrario distinguidos críticos; en la del sonido, qué bello es también; y en esferas más elevadas, ricas y espléndidas, en la combinación de varios colores y en las melodías y armonías musicales; y todo esto se consigue, no de otra suerte ni por otros medios, que por los que se acaban de explicar para la versificación.

Por eso digo que sueñan ó deliran los que sostienen que ha llegado para la versificación el momento de su muerte; porque no puede morir lo que se funda en leyes eternas del mundo exterior y en principios inalterables de la esencia del sér humano.

Mas no se vaya á suponer por esta calurosa defensa de la forma métrica, que cayendo en la exageración contraria, ambiciono para su dominio ajenos territorios ó reinos que en buen derecho no son suyos. Hermosos son los versos que lo son, gran verdad que nadie ha de negarme; pero tampoco me negará nadie, que los versos requieren asunto propio y justa

oportunidad, y que lo prosaico con vestidura poética es caricatura insoportable, cuando no irritante profanación.

Y aquí termino, porque ya estaréis ansiosos de oir la palabra prodigiosa del que es gloria viva é inmortal de nuestra España y de nuestro siglo, y siempre ha sido amigo cariñosísimo para mí. Del que me salvó valeroso en noche de tristezas y me apadrina alborozado en horas de alegría.

Y aquí termino, repito, no porque la materia esté agotada, sino porque lo estará ya vuestra paciencia y aun mis fuerzas lo van estando, esta serie de opiniones contrarias, de errores antitéticos, de insostenibles empeños y de puerilidades desdichadas en que por regla general se pierde la crítica contemporánea al juzgar las obras antiguas ó modernas, ó al erigirse sin base ni sistema en crítica preceptiva para lo futuro.

No es ciertamente que yo desee, por hoy al menos, la uniformidad de pareceres ni en la crítica ni en el arte: lo totalmente uniforme toma visos de monotonía y apariencias de muerte, y la multiplicidad, mientras no degenere en caótico desmenuzamiento, es signo de vida y elemento de progreso; pero la lucha es más fecunda dentro de ciertos límites y sujeta á determinados preceptos de combate, que entregada á la pasión, al capricho y al encarnizamiento. Yo creo que, aun dejando gran libertad á todas las opiniones de la crítica, como he dejado libertad amplísima á todas las escuelas en el arte, pudiera establecerse una amplia legalidad común, démosle este nombre, aceptando por buenos y definitivos un corto número de principios, que me parecen evidentísimos, y que aun sin enunciarlos se desprenden lógicamente de los análisis, que en las anteriores páginas he procurado someter al recto juicio del ilustrado público que me escucha.

No es preciso repetirlos; pero no estará de más condensarlos á manera de resumen en muy breves frases.

Yo he sostenido, que el objeto fundamental del arte es la

belleza: ó de otro modo, que si el artista no engendra emociones estéticas, será cuanto se quiera, santo, sabio, filósofo, sociólogo, político, filántropo, nihilista, pero no será ni artista, ni literato, ni poeta.

He sostenido igualmente, y esta es legítima compensación de lo que pueda haber de rígido en el principio anterior, que el campo en que el artista en general ó el literato en particular ejerzan su facultad creadora, no tiene límites, ¿cómo ha de tenerlos?, si en todas partes el poder creador puso jugo de belleza y gérmenes de emoción estética. ¡Cuanto existe es bello aunque su belleza esté oscurecida! Desde el último grano de arena al astro colosal; desde el girón de sombra de la noche, al cortinaje de grana de la tarde; desde la diminuta cristalización de lo inorgánico, á la cristalización semi-divina del pensamiento; desde el dolor al placer, desde el amor al odio, desde la sombra de Luzbel dibujando su pavoroso contorno en las tinieblas á lo infinito todo luminoso é inaccesible.

No; la facultad creadora ni tiene límites, ni puede imponérselos la crítica. Desde la última nebulosa hasta nuestro globo; desde la piedra al hombre; desde los tiempos prehistóricos á las edades futuras; desde el cielo al infierno; vicios y virtudes; las cenagosas capas sociales ó los regios alcázares; el problema filosófico ó el problema social; la mera imitación ó el vagaroso vuelo por las regiones ideales; la realidad más tangible y tosca, como el sueño más disparatado; ya la forma musical del verso, ya la prosa más ruda y enérgica; todo es del poeta, y en todas partes puede buscar la emoción estética. Este es el derecho del artista y del literato, y para realizar tales fines, la libertad artística es la única ley posible y fecunda, siquiera el crítico imponga después el debido castigo si hay transgresión, ó proponga el debido premio de gloria y aplauso si hubo merecimientos.

Sólo un crimen puede cometer el artista, uno solo: no producir emoción estética; pero este crimen no tiene perdón, siquiera la obra sea un dechado de sabiduría ó un derroche de virtudes.

Todo se le permite al genio creador, y en todo es libre:

asunto, campo, personajes, medios; nada hay á que no pueda llegar; pero si no llega, toda la responsabilidad es suya. Para él son todos los derechos del código del arte; un sólo deber tiene, pero su cumplimiento es ineludible.

Y no más: yo creo que menos tampoco puede pedirse á la crítica moderna sin caer en la más destructora anarquía; aunque, por otra parte, reconozco, confieso que, andando los tiempos, el espíritu crítico del hombre, aplicándose vigoroso á la misma crítica literaria, pedirá algo más.

Pedirá un canon de belleza, un código de leyes para cada género literario, una ciencia estética, en suma; que si el arte aplica preceptos, la ciencia los establece y demuestra, como varias veces he dicho.

He procurado demostrar, finalmente, que en estas épocas de transformaciones es cuando más amplia, más generosa, menos terca debe ser la crítica, para no exponerse á grandes errores, contrariando sistemáticamente el desarrollo de gérmenes fecundos.

El dogma literario absoluto no existe todavía, y los anatemas son por ende peligrosos.

Dejemos que la Estética se vaya formando, que grandes materiales tiene acumulados, y ella llegará á ser una verdadera ciencia, como han llegado á serlo las que lo son. Y por el mismo camino que todas, alcanzará aquellas relativas perfecciones á que puede aspirar el hombre.

Primero la observación de los *fenómenos estéticos*, ni más ni menos que el físico y el químico observan los fenómenos del mundo inorgánico. Experimentación inmensa *de las obras de arte*, que se realiza estudiando cuáles son sus efectos sobre la sensibilidad artística del sér humano: en las muchedumbres y en los cultos, en la época en que la obra de arte aparece y en siglos posteriores, en el medio ambiente que la engendró y en pueblos y razas lejanas, en su propia civilización y en otras distintas civilizaciones. ¿Admira siempre Homero? ¿Asombra siempre Shakespeare? ¿Admira y asombra y hace reir y llorar siempre el héroe de Cervantes?

¿Unas obras de arte pasan, otras quedan? ¿Tal libro no logra salvar las fronteras de su patria, tal otro es universal? ¿Dos creaciones artísticas son totalmente opuestas, y ambas engendran, sin embargo, el fenómeno estético, como las dos electricidades de nombre contrario, á pesar de ser antitéticas, son electricidad?

¿Pues por qué es todo esto? Alguna razón tendrá: por algo suceden las cosas; la casualidad sólo satisface á imbéciles ó á perezosos.

Y aquí empieza á desarrollarse la ciencia Estética, aunque con carácter puramente experimental; y aquí aparece el crítico sin otra regla de juicio, que la que resulta de la observación y la experiencia. Esto gusta, agrada, admira, conmueve ó deleita al mayor número; pues sin duda *algo* tiene para producir tales emociones estéticas; pues en ese *algo* debe residir *la belleza*.

Y comparando bellezas experimentales y generalizando después, se establece la ley empírica.

Momento importantísimo en todas las ciencias, el momento de las grandes leyes empíricas; pero no como pretenden los positivistas, último momento y coronación del edificio. Todas estas leyes empíricas hay que fundirlas después en grandes unidades; *en una*, si es posible, y entonces la ciencia será ciencia. Este último momento es el de carácter metafísico ó filosófico, como antes se decía; el de las grandes hipótesis, como ahora se dice: aquél, en suma, en que la razón humana, con razón ó sin ella, que esto no lo discuto ahora, impone *sus cánones* al mundo exterior, y sella la experiencia rebelde con sello racional y semi-divino, y dice triunfante: yo sé *lo que es la belleza*: la belleza es... La razón humana lo dirá cuando lo sepa; yo, como no lo sé á punto fijo, no me atrevo á decirlo. ¡La belleza! ¡Quién supiera lo que es!

¡La belleza! Lo que es, no lo sabemos por ahora con certidumbre matemática; quizá no lo sepamos nunca; pero que la belleza es algo; que *existe*, que palpita en la naturaleza; y que así como la ola que llega á la playa rompe en espuma, ella al

llegar á cielos y tierra rompe en hermosuras, en luces y en colores; y que al llegar á las sociedades y á los individuos, infunde en las pasiones buenas ó malas, hermosuras de idilio ó hermosuras de tragedia, bañándolas ya con las alegres claridades del amanecer, ya con los rojizos ó cárdenos resplandores de la tempestad; y que al llegar al cerebro humano, tanteando por las muchedumbres cráneos de ingrata piedra y cráneos de plasticidad artística, como tantea la lava de volcán resistencias y durezas de la costra sólida de la tierra para brotar en hirvientes ríos y penachos de fuego, cuando encuentra el cerebro del hombre de genio, por él brota como por sublime cráter en mármoles y bronces modelados, en lienzos encendidos de pintores, en cantos de poetas y creaciones mil, graciosas, bellas ó sublimes; y que al llegar al mártir toma palabra humana, y dice entre dolores: *creo;* y que al llegar al héroe, dice entre sangrientas victorias: *muero;* y que al llegar al sabio, dice espantando dudas: *sé;* y que al llegar al corazón, dice besando ideales: *amo;* y que al llegar á todas las juventudes, dice con todas las alegrías de la mañana: *vivo;* y que al llegar al borde de todos los sepulcros, dice al caer en medio de fantástica ronda de tristezas y esperanzas: *espero;* y que todo esto lo realiza en la naturaleza, y en la sociedad, y en el hombre... ¡ah! que la belleza hace todo esto, nadie puede negarlo sin negar su propio sér y sin hundirse en la nada, y ni aun hundiéndose en ella: que la belleza suprema fué á llenar los negros abismos de silencio y negrura del caos con las divinas palpitaciones de la creación.

Yo no sabré explicar todo lo que he pretendido explicar, bien lo habréis conocido; pero ya que obtuve vuestra paciencia, merezca vuestro perdón; porque de buenas intenciones está sembrado mi discurso modestísimo, que en el fondo puede condensarse en estas breves frases: creo en la belleza, como creo en la verdad, como creo en el bien.

Y como creo en el bien, para que no deje de creer en él ni un solo instante, en acto para mí tan solemne, ¡ah, seño-ñores!... no me tratéis mal.

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. EMILIO CASTELAR

EN CONTESTACIÓN AL PRECEDENTE

SEÑORES ACADÉMICOS:

Horas de júbilo para nosotros éstas que corren, pues el genio humano se nos presenta, en una de sus personificaciones más altas, á ceñir lauros, que le había ya decretado la inconsciente pero infalible admiración del pueblo, descubridor de todo lo justo y de todo lo hermoso allá en sus intuiciones colectivas, de las cuales debemos asesorarnos siempre antes de cada elección, y con las cuales debemos, después de cada elección, fortalecernos; si deseamos que un instituto, por su propia naturaleza tan útil y por su vieja historia tan glorioso, como nuestra inmortal compañía, fundada en tiempo de los Monarcas absolutos con tanto acierto, dure y perdure hoy en los senos, casi oceánicos, por lo profundos y por lo inmensos, de esta democracia española, que produjera en lo antiguo las dos más bellas especies de nuestras letras, el Romancero y el Teatro, como ahora se ufana de su imperio intelectual sobre la lengua por catorce Repúblicas hablada, quienes, en los dos continentes y hemisferios del Nuevo Mundo esparcidas y en la vecindad de los dos primeros y mayores mares alzadas, cumplirán el ministerio de difundirla, como ninguna otra lengua puede difundirse ya, por toda la redondez del planeta, y de legarla con mayor copia de sonoras y expresivas palabras, correspondiendo á la mayor copia de reveladoras ideas, sin quitarle su intrínseco natural y su armonioso acento, á la incalculable posteridad y sucesión de todas las edades.

¡El genio! Palabra esta en verdad más usada que comprendida. Cuando yo era chico, solía topar, travieso y juguetón, cual todos los chicos, á cada paso, con regaños de personas desvividas por mi educación, y de consiguiente consideradas regañonas por mi sentir, que contenía tan reiterado calificativo en el siguiente juicio: ¡qué mal genio! Andando el tiempo, como escribiera yo conocida tesis doctoral acerca del genio de Lucano, aseveró un ilustre Académico, justamente famoso, del cual tenemos dos vástagos no menos famosos á nuestro lado, y con no menores títulos, que la palabra genio sólo podía en buen castellano aplicarse al temperamento moral y no al temperamento poético. Poco fundada en verdad la observación de aquel gran crítico. La palabra genio extiende sus significaciones desde la primer acepción del buen y mal humor hasta el espíritu que sugiere y el Dios que patrocina las grandes obras llamadas geniales, como un drama de Calderón ó como un cuadro de Murillo. No ha sucedido con la palabra genio lo que sucediera con la palabra humor, trasladada por la estética moderna en nuestros días á significar, amén del buen ó mal temperamento y de la índole apacible y jovial, esos ingenios satíricos y burlones, cuyas sales prestan cierto dejo acerbísimo á los labios y cuyo pensamiento tiene con una gran profundidad un carácter escéptico y pesimista. Por más que nuestros clásicos prefirieran la palabra ingenio á la palabra genio, no puede negarse la extensión dada por ellos á esta última, igual á la dada por los modernos, como verse podrá en los comentarios á la Égloga segunda de Garcilaso por Herrera y en la frecuencia con que alternativamente llaman al espíritu generador de los pensamientos socráticos el demonio y el genio de Sócrates. Latina esta palabra, debemos recurrir al viejo latín para conocer su sentido. Todo libro vividero deberá escribirse con genio, exclama nuestro Marcial: *Victurus genium debet habere liber.* «Cuando vuestro espíritu genialmente se ardía» dice uno de nuestros clásicos, citado por el Diccionario de Autoridades. En las tradiciones teológicas el querub, sustentador del arca santísima de Israel, podrá llegar

desde Asiria á Caldea; mas nuestro ángel de mayores alas, el ángel custodio de la cuna y del hogar, en los dogmas católicos, aseméjase mucho al genio y al Dios antiguo de las localidades y de las casas clásicas. El uso va extendiendo la palabra ingenio al mayor número de los cultivadores del campo de las letras, y reservando el dictado de genio á los inspiradísimos y singulares, que se levantan en cumbres del espíritu, inaccesibles, y confinantes con la perennidad de lo sublime, habitando el cielo de la poesía por impulso misterioso de sobrenatural inspiración. Así les ha sucedido que se han allegado fieles, como aquellos de las antiguas revelaciones, poseídos por una fanática devoción; y se han suscitado enemigos de una superstición fanática, como la que sobrecoge á los sectarios y á los herejes y á los endemoniados en las letras teológicas. El genio, pues, aparece muy de tarde en tarde, merced á conocidas avaricias de la Naturaleza y á designios vistos de la Providencia, regateadoras de tales enviados, para que la rareza de ellos, aumentado lo intrínseco de su mérito, muestre lo excelso de su misión: favor semejante al que nos concedieran Providencia y Naturaleza, cuando llenaron las soledades del espacio é interrumpieron el silencio de la eternidad con aquellos puros espíritus alados, los cuales iban, en vuelos sin fin, profiriendo de sus labios el Verbo divino, á cuyos ecos irradiábase la primera luz inmaculada y surgían las primeras estrellas vírgenes entre los albores ó auroras de la creación y los estremecimientos é himnos del recién formado Universo.

Aunque haya de ofender la modestia, connatural á mi patrocinado y amigo, tengo que decírselo sin mayores preámbulos y prescindiendo de todo circunloquio: Echegaray es lo que llamamos, á usanza contemporánea y en habla familiar, un verdadero genio. Y lo es, no solamente por lo mucho que descuella en las letras, donde nuestra compañía, verdadero Senado, legisla; por lo mucho que descuella en otros dominios del espíritu, como las ciencias físico-matemáticas, como las ciencias exactas, como las ciencias políticas, como las ciencias económicas, como las aplicaciones del cálculo al trabajo

material en obras públicas é industriales, trabajo, cuyo poder tiraniza la materia, descomponiéndola y recomponiéndola con sus mazos que la majan y con sus cilindros que la extienden y laminan, hasta contituirla, rehecha y transformada luego por operaciones varias, en una especie de organismo viviente, á quien animan la electricidad y el vapor, los cuales de suyo se acercan, en lo ténues y en lo etéreos, al vivificante luminar, que es el alma, y al supremo activo motor, que es el pensamiento, robándoles la palabra; por todo lo cual enseñoréase nuestro colega de los abismos y de los cielos; emplea el telescopio, que columbra los soles invisibles á los ojos en lo infinitamente grande, con el microscopio, que atisba los átomos invisibles á los ojos en lo infinitamente pequeño; pone sobre un teorema positivo algebraico, demandado á la Razón pura, un drama demandado á la pasión y al estro, de nudo tan difícil y de complicación tan ingeniosa y de argumento tan complicado como cualquier obra del antiguo teatro con sus rebosadas señoras y con sus espadachines galanes; pronuncia una oración de tribuno en las Asambleas populares, una grande arenga de polémica en el dificilísimo Parlamento, una conferencia de sabio en la cátedra, después de haber escrito la comedia que os ha regocijado en risas continuas y la tragedia que os ha conmovido haciéndoos deshacer en lágrimas, ambas á dos llenas de diálogos ingeniosos y de copiosas cadencias, en que suben las escalas de ideas y de frases desde los dicharachos de la taberna y del mercado hasta los picos del raciocinio y desde los resuellos feroces y los juramentos execratorios del combate hasta las efusiones y los deliquios espirituales del éxtasis. Decidme dónde hallaréis un hombre así por América y Europa, que trace ante sus discípulos el binomio neutoniano en la pizarra y luego componga el himno de Arminio en las selvas; que baje al pozo de las minas dirigiendo perforaciones y excavas en busca del aire subterráneo y suba luego al empíreo de la metafísica taladrando con agujeros de luz el eterno misterio; que componga un drama, en el cual representen á maravilla sus respectivos papeles todos cuantos prototipos le

sugiere su pensador cerebro, animados por el fuego que les prestan las emociones con los afectos de su corazón enardecido, y luego discurra sobre los cambios, la concurrencia, el tesoro, con la frialdad y la maestría de un economista sajón; que combine y componga *La Esposa del Vengador*, valiéndose á su albedrío y antojo de la misma pluma y de la misma tinta con las cuales ha escrito los decretos estableciendo el Banco único nacional; que presida pesada Comisión de mercantiles tratados ó desempeñe con grandísima competencia un Ministerio tan prosaico y atormentador como el Ministerio de Hacienda, y luego monte al carro de que tiran las horas y en torno de cuyas ruedas bailan las musas, despidiendo, poco después de los cálculos y los números alineados en papelotes de covachuelista, desde su áurea cítara, compuesta con cuerdas de luminosos rayos, cual un dios Apolo descendido del Parnaso, las más dulces y más concertadas armonías, en unas metamórfosis, como nunca Ovidio las soñara, y con un cambio de formas y de aspectos y de fines, que lo proclaman el más vario y más múltiple y más universal y más misterioso y más indescifrable de cuantos genios é ingenios constan en los ricos anales de nuestras gloriosas historias.

Para no dejar ningún lado de alma y naturaleza tan extraordinaria en la obscuridad, precisaría representar á Echegaray sabio matemático, gran orador popular y gran orador parlamentario, economista consumado, Ministro acertadísimo, poeta de primer orden. ¿Cómo trazar este poema cíclico, semejante á los frescos vaticanos en extensión, dentro de una humilde acuarela? Podría escribirse, á la verdad, sobre cada uno de los oficios por Echegaray practicados, y sobre cada género de las obras por Echegaray hechas, libros y libros, á cual más importante, y que, sumados todos, resultarían de trascendencia indecible á las artes, á las letras, á las matematemáticas, á la economía y á la política. En el mayor número de los tratados aparecería un Echegaray distinto, sin correlación alguna con los otros, no respondiendo la unidad invisible de su espíritu á la unidad visible de su persona, *in-*

dia trimourti, en la cual se os presenta más fácil distinguir la variedad de términos y factores que la común genialidad y sustancia. Lo más extraño de este único ejemplar psíquico para el fisiólogo de almas, está en la circunstancia de haber juntado dentro de sí con una ciencia, tan abstracta como las matemáticas puras, donde lo proclaman maestro cuantos las conocen y frecuentan, aquel género literario, más próximo á la vida real, más animado por las humanas pasiones, más vivido, el Teatro. Yo no conozco ningún genio así. ¿Qué diríais de haber escrito en Alejandría el autor de los postulados una tragedia como el *Orestes* y puéstose á disposición de cualquier Ptolomeo para Ministro de Hacienda? Si, quien calculó en Sicilia las leyes de los cuerpos inmersos en los líquidos, escribiera el idilio de *Galatea* huyendo á los requerimientos del amor en aquellas costas helénicas, ¡cuán extraño no hubiese aparecido ante la historia! Para mí, sólo Pascal, entre los matemáticos, obedece á dos vocaciones; pero tan análogas como la vocación de geómetra junta con la vocación de metafísico. Y no está lo extraño tan sólo en la diversidad múltiple de vocaciones, no está en eso; está en que á los cuarenta y un años muestra Echegaray la vocación, destinada por su albedrío y voluntad interiores á enseñorearse del resto de sus días, la vocación poética, que oculta largo tiempo este orador callado y reservadísimo, en guisa de impenetrable secreto, bajo los últimos repliegues del alma. Definiendo nuestro Diccionario ya la palabra genio en su natural acepción: «talento de primer orden que tiene la facultad de crear, inventar, combinar obras extraordinarias,» digamos cómo se parece al organismo el genio. Y se parece al organismo, en que tiene varias facultades subordinadas y sometidas á una facultad superior, de igual suerte que tienen los organismos órganos múltiples subordinados á una pristina unidad, como el cerebro en lo humano, que nos esclarece y nos mueve. No quiere decir esto que todas las facultades se hallen por igual equilibradas en los reconocidos y proclamados como verdaderos genios. El genio trae aparejados irremediables defectos. Una escuela fisiológica

muy en favor hoy, cree locos de nacimiento á todos los artistas, cuando no perversos, como el gladiador y poeta y músico Nerón. Hay quien dice que los hombres superiores, como tienen la cabeza más en lo alto, por justa compensación, también tienen los piés más en lo bajo que el resto de los mortales. Pero lo que suelen tener todos es una sola vocación. Y esta vocación aparece hoy, en el concepto de los fisiólogos contemporáneos, no sólo personal é íntima, hereditaria. De aquí el atavismo, nombre moderno derivado del antiguo nombre latino *atavus*, que Cicerón empleó para designar el cuarto abuelo y Horacio para designar á todos los progenitores ó ascendientes. Y, volviendo los ojos á nuestro compañero, digamos cómo no pertenece á los hombres que sienten desde la niñez una sola voz interior y toman resueltos un camino solo. No es como aquel Ovidio, quien, hallando la vocación suya de poeta contrariadísima por su padre, dice y cuenta en verso las mayores vulgaridades y prosas de la vida; no es como aquel Giotto, que, criado en apriscos, al guardar sus ovejas, describe sobre las arenas del florentino río con su cayado figuras más ó menos geométricas, primeros esbozos de sus cuadros, trazados por soberanas intuiciones á la luz de inspiración sobrenatural; no es como aquel Mozart, que nace cantando, y que sólo necesita, como el ruiseñor criado desde su nido entre gorjeos y arpegios, oir las voces de su alma para componer las más dulces melodías de la música: es del género y estirpe de Bethoven y de Rousseau, quienes dieron tarde con la vocación, en cuya obediencia y cumplimiento habían de cosechar sus laureles, pues Bethoven gustaba de escribir como Rousseau gustaba de componer, cuando Bethoven era un músico y Rousseau un escritor, profesiones reconocidas por ambos como centros naturales de sus almas tras muchas sendas resistencias á sus mutuos irrevocables destinos. Yo lo confieso, conociendo á Echegaray de antiguo como un sabio matemático y como un hábil ingeniero, quien, después de haber explicado el cálculo infinitesimal á sus discípulos en la cátedra, los conducía él mismo á seguir las aereaciones subterráneas

en el primer esfuerzo dirigido á taladrar los Alpes, donde algunas de sus observaciones fueron tomadas en cuenta para la solución del pavoroso problema; y después de haberle oído en el Ateneo leer astronomía popular, y en la Bolsa herir con la trompeta de Jericó los muros chinos de nuestras prohibiciones arancelarias, y en el Parlamento discutir los negocios públicos del día con precisión, y en el Consejo de Ministros asentarse á mi lado como gestor de la Hacienda; y desde tal Ministerio, en los meses últimos que lo desempeñara por el año 74 de nuestro siglo, poner en escena un drama, su hechura, francamente creí que hacía por gusto y no por profesión esto último, como el Duque de Rivas enviaba cuadros á las Exposiciones después de haber enviado romances inmortales á la prensa; como el sublime Víctor Hugo dibujaba paisajes y figuras en los borradores de sus poemas; como Lamartine las echaba en Macón de arquitecto; como Tolstoi las echa de zapatero en Moscou, y maestro de obras literarias ayer, es hoy maestro de obra prima, cambiando la pluma por la lezna; como Carlos III era cazador, músico Luis de Baviera, ebanista Luis XVI, literato Napoleón, cerrajero Carlos IV, y grande actriz en el teatro de sus regios palacios la pobre María Antonieta.

Pues no, la vocación en Echegaray era cierta y segura; el propósito de seguirla meditado y reflexivo; las resoluciones de tomarla como numen y guía de la vida por venir, irrevocables; el trabajo apercibido para obedecerla y cumplirla inmenso; innumerables los medios de que valerse para encarnarla en obras de caracteres diversos y de vuelo altísimo; sumos los estudios de historias, de argumentos, de modelos, de varios ejemplares, como cumplía naturalmente á quien, célebre maestro, está unido por lazo indisoluble con la maestría y con la ciencia. De modo, que nuestro Echegaray debe ser inscrito en la estirpe, llamada por el inmortal amigo mío Ferrari, conspicuo filósofo de la Historia, los hombres de dos vidas. Párome aquí un momento á considerar las acres censuras que me ha traído el atribuir carácter tal de dos vidas á un santo de

la Iglesia, tan estudiado por las historias laicas y vulgares como San Ignacio de Loyola. En volumen muy popular, consagrado á la refutación de mi aserto, se me anuncia por sabio catedrático de célebre Universidad, cuyo nombre callo, nada menos que una muerte inmediata, y os anuncia por ende á vosotros, compañeros, una vacante que proveer en esta Corporación. A la verdad, no me asusta el presagio. Mi humilde vida es una y larga. Pero vida, que pasa la mitad en el campamento y la otra mitad en el claustro, se descompone por fuerza en dos vidas. La Iglesia lo comprende tanto así, que os quita en muchas órdenes, al abrazar la profesión religiosa, el nombre usado ante la sociedad y os presta otro nuevo nombre para el claustro. Y debo decir cómo veo mayor congruencia entre la vida de Loyola soldado y la vida de Loyola eclesiástico, que entre la vida de Echegaray matemático y la vida de Echegaray poeta. Vasco aquél por su nacimiento, noble feudal por su abolengo, paje un día de los Reyes Católicos; engendro de dos familias patricias, representantes de las eternas guerras medioevales entre Azpeitia y Azcoitia; soldado en la ciudadela de Pamplona, resistiendo hasta el sacrificio al extranjero enemigo de sus gentes; maltrecho y estropeado de por vida, como en tales porfías mal herido; de tal vigilia y de tanto ayuno, que llegó á prescindir del sueño y del alimento, como á creer innecesario el reposo en los combates; cuando le dejarretaran, desmenuzándoselos en polvo, los huesos de la canilla derecha, y una piedra rodada del muro en la fortaleza por él defendida le tronchó la pierna izquierda, reduciéndolo á la estrechez de un lecho y á la inercia de una parálisis; convertido á leer libros de milagros y libros de caballería, continuó en los oficios religiosos empleando los procedimientos empleados en los oficios militares; como que, veladas sus armas en la gruta de Manresa, prestados los juramentos de las órdenes caballerescas al pie de Monserrat, hecho mantenedor y siervo de María contra los follones y malandrines herejes; consagróse, con las dotes de militar extraordinario recibidas del cielo y agrandadas por sus hábitos, como el dón de mando

y el ascendiente que impone obediencia y el genio de organizador y la fertilidad en arbitrar improvisados recursos y el disimulo propio de la estrategia y de la táctica; en el período de los descubrimientos que daban cebo á todo heroísmo, coincidiendo con la fundación de los ejércitos modernos y reales que no podían tener los caracteres de las antiguas mesnadas; consagróse, decía, de nuevo á pelear; y como careciera de mílites, alistó eclesiásticos; y como se incapacitase para ejercitar su actividad en los campamentos, la ejercitó en los templos, yéndose solo á conquistar el Santo Sepulcro; y como no pudiera ser obedecido en el combate, fuélo en la penitencia; para llegar al oficio entrevisto por todas sus vocaciones, al oficio de general, en los mayores y más combatientes ejércitos espirituales que han conocido los tiempos todos y que han dominado sobre los pueblos modernos. Las dos vidas de San Ignacio, la vida de soldado y la vida de eclesiástico, no están en desacuerdo tal como las dos vidas de nuestro compañero, la vida de matemático y la vida de poeta. No se me oculta que los números han tenido en las escuelas pitagóricas un valor metafísico; y que la medida y la proporción entran así en la metrificación de los versos como en el trazo de los relieves ó de las estatuas; y que la notación en música se parece mucho á los signos en álgebra; y que la línea en pintura equivale á la idea en elocuencia; y que no hay arquitecto posible si no lleva dentro de sí mismo un geómetra consumado; y que así como se corresponden las notas del pentagrama con los colores del iris, pueden corresponderse las aptitudes puramente dramáticas con los estudios matemáticos; y que todavía existen astrónomos capaces de absorberse y arrobarse ahora mismo en las contemplaciones del éter y en los conciertos de las esferas; y que la unidad de facultades en el espíritu concuerda con la unidad de fuerzas en el Cosmos por aparecer el pensamiento en todas las manifestaciones de aquél, como en toda combustión de este último el oxígeno; pero, sin desconocer ni negar estos principios generales, no puedo sustraerme al embargo traído por una consideración muy sencilla, la consideración de

que, compadeciéndose tan mal entre sí las varias aptitudes en las mismas profesiones, los críticos y los creadores, los novelistas y los dramaturgos, los músicos de las composiciones destinadas á la orquesta y los músicos de las composiciones destinadas al teatro, como habrá querido Naturaleza reunir en un solo sér la intensidad de abstracción pedida por los cálculos sublimes y la fuerza de pasión demandada por los personajes y los argumentos y los enredos de la comedia y del drama. Yo únicamente conozco dos grandes personalidades por el estilo: aquel Goethe escribiendo las cartas históricas de Werther en los delirios de un concentradísimo amor, ó evocando Margarita con sus remordimientos en los sacros oficios de la catedral, mientras invenía ignoradas verdades tanto en botánica como en óptica; y aquel famosísimo Leonardo de Vinci, quien, atleta, lucha; gimnasta, corre; juglar, tañe; tenor, canta; químico, manipula; geólogo, excava; ingeniero, canaliza; óptico, inventa la cámara oscura; poeta, versifica; jinete, cabalga; hipnotizador, atrae á sí los arrastrados por el magnetismo animal, desconocido entonces; condotiero, pelea; físico, estudia y observa; político, aconseja; naturalista, clasifica; médico y anatómico, diseca; geómetra, dibuja las proporciones del cuerpo humano y las líneas de los paisajes; astrónomo, renueva las nociones pitagóricas antes que Copérnico; retratista, nos ofrece vivo al célebre Americo y nos alegra hoy con la mirada y la sonrisa inextinguibles de su Gioconda; caricaturista, se ríe y burla de sus contrahechos tipos; escultor, erige la estatua ecuestre de Francisco Esforza; mecánico, mide y observa el movimiento de los cuerpos así animados como celestes; filósofo, platoniza en los jardines de Florencia, tan parecidos á los jardines de Academo; genio universal, como del Renacimiento, resucita, heleno, Bacos ebrios en las cavernas y ninfas voluptuosas en los bosques, y cristiano también, sobre la pared severa del convento de la Grazia en Milán evoca la santísima figura de Cristo en el minuto sublime de instituir el sacramento de la Eucaristía, convirtiendo el pan y el vino en cuerpo y sangre de Dios para comunicar su ser á las fibras y á las

venas de nuestra humanidad, libre y emancipada y redimida.

La inspiración se nos ofrece á la continua como un gran misterio. Nadie la explica. Los apotegmas del idealismo objetivo á este respecto parecen más bien odas metafísicas que razonamientos probados. Late algo de theurgia en el alcance concedido á las intuiciones que centellean todas con relampagueos de milagro. Así las apoteosis de los tiempos antiguos vuelven, los semidioses resurgen, y el cariño á los hombres superiores concluye por teñirse con los arrobos del culto. La intuición interna, las inspiraciones continuas ¡cual secreto! El saber contemporáneo quiso explicarlo, y únicamente acertó en su orgullo á sumar palabras y palabras indecisas. La teoría de lo inconsciente añade obscuridad á la obscuridad. Según se contempla más ese misterio de la surrección del genio, menos creemos en los empeños de la casualidad, elevada por alguien á diosa como la fortuna. Ya pueden caer en la cabeza de los tontos las manzanas producidas por todos los manzanales del campo; no sacarán lo que sacara una sola del cacumen de Newton, la gravitación universal. Cuán poco de fortuna, y cuánto de esfuerzo en las copiosas riquezas; cuán poco de inspiración, y cuánto de meditaciones y estudios en las grandes inteligencias. El acaso va cada día menguando más por inexplicable y creciendo el principio de las finalidades mostrado por la correlación entre las vocaciones y los destinos. Parece imposible haya cosa tan simple, como que la extensión sola no constituye los cuerpos, tardado tanto en conquistar las inteligencias después de Descartes y Espinosa; cual parece imposible que la teoría del medio ambiente haya prevalecido tan tarde, cuando no hay alma que borre de sí el beso recibido de la luz que iluminara su aparición en el mundo, ni que deje de guardar un carácter vegetativo, como decía la escolástica, en el jugo prestado á su espiritual esencia y sustancia por la tierra donde se ha nutrido el cuerpo á quien anima. Echegaray llegó cuando debía llegar al templo de las letras é hizo cuanto hacer debía en sus trabajos y esfuerzos. A la poesía espontánea é inspirada de los románti-

cos precisaba que siguiera la poesía reflexiva y consciente de los sabios. Me gusta más aquélla, lo digo aquí en secreto, pero juzgo inevitable la surrección lógica de ésta. Nada tan correlacionado con las letras de Shakspeare como la ciencia de Bacon. Así no debe maravillarnos que alguien los haya creído una misma persona y acumulado sobre sus nombres las obras respectivas de cada cual. Los verdaderos sistemas filosóficos tienen tanta realidad como los mismos sistemas solares. El idealismo absoluto había traído teorías de una trascendencia incalculable á las letras con aplicar el movimiento á los espíritus y dar á la lógica fuerza real y poner dentro de cada cosa como su correspondiente luz una idea y distribuir las ideas en series encadenadas por una dialéctica invencible. De cierto carácter alejandrino adolece, á no dudarlo, el sistema filosófico capital de nuestro siglo, y de cierto carácter alejandrino el pensador poeta que os presento. Por ocho consecutivos lustros acumuló pensamientos abstractos en su cerebro reflexivo, que luego descendieron en emociones profundas á su corazón artista, y de su corazón artista reascendieron en obras imaginativas á su fantasía creadora, como el vapor sube invisible, por ténue, á lo alto en la tarde, y á la mañana siguiente cae cuajado en luminoso rocío. Así no presenta una idea Echegaray; presenta la idea, el alma de su generación y de su tiempo. El espacio es para su inteligencia un espejo del espíritu y la idea es una luz de la luz. Así tiene tantos matices la idea en Echegaray, matiz filosófico, matiz matemático, matiz económico, matiz político, matiz estético, y en lo estético el matiz predominante y ofuscador, su dramática. La primera manifestación de tal ingenio soberano fué, recordadlo, en la ciencia, más prosaica ciertamente que ninguna otra de sus análogas, en la economía política. Así fué orador entonces, por el año 57, ante todo. Yo lo recuerdo con tal fidelidad en mi memoria y con relieve tan de bulto lo guardo en mi fantasía, que podríalo presentar hoy, contrastando su frío aspecto con lo encendido del verbo improvisado y lo agrio de su voz con lo melodioso de su idea. Pocos oradores de tales fa-

cultades como él y de tan diversos tonos. Podríais acusarle de prestar al argumento la fuerza del golpe y de cubrir con flores de jardín los trojes del trigo; de violentar las ironías en acerbidades calculadas empujándolas á los linderos del sarcasmo y de traer á cuestiones, donde predomina la utilidad, como en las cuestiones relativas á intereses, todos los tesoros del humano saber; pero, dada la suma incalculable de discursos sugeridos por la economía política moderna contra la protección de un lado y contra el socialismo de otro, los del orador español compiten por su continuo movimiento y por su estro inextinguible con los discursos de Cobden y Brigth en Inglaterra, con los discursos de Chevalier y Say en Francia, con los discursos de Minghetti en Italia, con los discursos de Delistch en Alemania, con todos los modelos del género en Europa y América.

¡Cuán malos tiempos corren ahora para la Economía política! Porque señala como una ley ineludible la concurrencia, y defiende como un instituto inmutable la propiedad, táchanla de fatalista y cruel aquellos cerebros angostos, empeñados en vaciar las sociedades modernas, después de haberlas derretido al fuego de las revoluciones sorprendentes y mesiánicas, en los moldes y hornos de su particular uso; y porque señala el cambio natural de los productos trasponiendo los lindes mismos de las fronteras, como el átomo de los fluidos traspone las distancias del espacio, la denuestan y maldicen los oligarcas industriales y agrícolas, que piden al Estado el cultivo en estufas, semejantes á campanas pneumáticas, de sus sendas artificiosas ganancias. Pues, dígase cuanto se quiera, en la vieja Economía política se aprende á detestar el socialismo, ese proteccionismo de los pobres, y á detestar el proteccionismo, ese socialismo de los ricos. Todavía perdono á los partidarios del antiguo régimen que las echen de socialistas, pues así mueven al pueblo contra sus naturales tribunos, y mantienen una idea contraria del todo á la identidad consustancial de las libertades por nosotros proclamada y á la igualdad humana del derecho impuesta por nosotros al roto privilegio; mas no puedo per-

donarlo ni á los liberales, ni á los demócratas, por parecerme tan mía la facultad personal de cambiar las ideas del superior intelecto como la facultad personalísima de cambiar los productos del material trabajo. Aunque no hubiera otra cosa hecho la Economía que advertir á los pueblos todos cómo les conviene tener vecinos felices y desahogados, trasmutando así la política internacional antigua de combates y odio en la política futura de armonía y reconciliaciones; aunque no hubiese otro servicio prestado que decirle al más atrevido conquistador de todas las edades en su cara cómo no tenía medio de realizar el bloqueo continental; aunque sólo sirviese para quitar de tantas vistas cegadas por la utopia el sofisma que señala horas de faena por igual á todas las actividades y que suprime los destajos condenando la emulación y que pretende sustituir las madres y sus ubérrimos pechos con inspecciones oficiales de lactancia como la herencia natural de los hijos con la herencia increible de los gobiernos; aunque se redujese á los teoremas demostrativos de que debe concluir la edad cruenta del combate y las especies conquistadoras sustituyéndolas felizmente la edad del trabajo y los tipos industriales, todo lo cual sucederá, como sucedió la indispensable y santa redención del esclavo; aun ostentaría la ciencia económica títulos á los cuales no pueden optar ciencias más loadas por las supersticiones reinantes. Pero anda muy en boga la manía de que presupuestos habilitados con dificultad para proveer al sustento barato de los pocos inválidos del ejército, se arresten al arbitrio de presuponer cantidades fantásticas para ocurrir al caro sustento de los innumerables inválidos del trabajo; y gobiernos que creen haber hecho un milagro cuando, por medio del impuesto progresivo y del gravamen sobre los testamentos, han llegado á un despojo, tras el cual caerémos en las sociedades prehistóricas, indeterminadas, confusas, renaciendo aquellos monasterios indios ó aquellas comunidades moscovitas, donde, como no pueden arraigar abajo en la propiedad sus raíces los individuos, no pueden arriba explayarse las variedades suyas con sus nativos y sacrosantos derechos; por lo cual,

ante la imposibilidad completa de torcer las leyes de las sociedades nuestras, tan inflexibles como las leyes del Universo material, revuélvense contra la Economía, culpándola de sostener los principios de propiedad y concurrencia; imputación equivalente á culparla de la gravitación mecánica y de la lucha vital, á cuyo imperio habrémos de someternos por fuerza, pues, aunque nos quitáramos en reprobable suicidio la vida por no ver la muerte natural, abandonaríamos nuestros despojos á la descomposición inevitable y al natural aniquilamiento que sufren por necesidad todas las criaturas.

Así paréceme cruel en los Gobiernos y Estados contemporáneos, que, al salir del agujero de las minas belgas como cíclopes amenazadores ó como tropeles de demonios los pobres operarios enterrados allí vivos, pidiendo aire y luz; ó al aullar en torno de las espléndidas capitales germanas los jornaleros, como aullaban los antiguos alemanes en torno de la Ciudad Eterna; ó al correr hacia el sublime Capitolio de América las bandas de mendigos con la furia de los labriegos luteranos y de los exterminadores husitas en otros tiempos; ó al acercarse á todo Estado con su dinamita los locos malvados, que intentan aniquilar el planeta y exterminar á la humanidad en una catástrofe apocalíptica; no les digan á una que así como están imposibilitados de ocurrir á tantas enfermedades atormentadoras del organismo, ni enderezar tantos entuertos y malandanzas como á cada cual nos traen los respectivos genios y humores, también están imposibilitados de llegar hasta la extirpación de males congénitos á nuestra sociedad y dependientes de los límites donde nos hallamos encerrados y de la contingencia irremediable constitutiva de nuestra naturaleza: cosa mejor que las exacerbaciones llevadas á tantos y tantos dolores por la inutilidad ó la crudeza del arbitrario remedio. Así Echegaray debe holgarse cada día más con las rudas campañas en su juventud seguidas, á nombre de la libertad individual completa, contra los errores del socialismo, y holgarse ahora con tan dulce y consolador y hermoso recuerdo. El socialismo de la Cátedra marró. Pues marrará la reacción económica. Europa entrará en

grandes ligas aduaneras tarde ó temprano, y en tal sazón leeránse los admirables discursos del entonces joven orador Echegaray como cumplidas y realizadas profecías. Paréceme una ley de la Historia que los descubrimientos industriales modifiquen la sociedad con la naturaleza, ó por lo menos, la relación individual con ellas. Sin la brújula y el astrolabio no se hubiera descubierto América; sin la imprenta no se acabara el poder de la censura; sin el anteojo de larga vista no viera Copérnico en vulgar eclipse de luna el movimiento de la tierra; sin el microscopio no encontráramos nunca las bacterias que han exigido de la patología y de la clínica métodos nuevos; sin las observaciones de Galván y la pila de Volta no hubiéramos hecho del rayo un agente y ministro tan sumiso al hombre moderno como nunca lo estuvo á ningún dios antiguo; sin la pólvora el régimen feudal subsistiera eternamente; y no es cosa de que hayamos domeñado las olas con los barcos de vapor y subido á las alturas con los vuelos del globo y hablado con los ausentes y por la magia del fonógrafo y recluído en una lámpara el fuego de Prometeo y puesto en comunicación por el telégrafo todas las regiones de nuestra hermosa tierra y todas las gentes de nuestra soberbia humanidad, para que luego levantemos con aranceles prohibitivos murallas chinas entre las Naciones civilizadas y neguemos en la vida social esas difusiones del trabajo nuestro y esos efluvios del pensamiento creador que no podemos prohibir al magnetismo del polo ártico y al éter de la constelación Hércules y al rayo de la estrella Sirio en el festín y comunión de la vida universal.

Si Echegaray fué orador en las Asambleas populares de los economistas, y orador de primer orden, orador fué también, y orador de primer orden, como saben todos, en la Constituyente de nuestra última Revolución. Imposible hablar del orador parlamentario sin hablar de la política contemporánea, como imposible hablar de la política contemporánea sin herir alguna convicción y creencia de aquellos que me oyen y aun de aquellos á quienes represento en este acto. Pero aquí herirán otros con más frecuencia los personales sentimientos

míos de lo que pueda herir yo los personales sentimientos ajenos. Así, tolerémonos con generosidad mutuamente, si hemos de convivir en paz todos. La Revolución de Setiembre ha entrado ya en la historia. Y como los vencedores no pueden atribuirnos sus triunfos á los dos actuantes aquí ahora, tampoco los vencidos sus derrotas. Las zonas geológicas se producen por la sobreposición de muchos terrenos; las obras sociales se producen por la sobreposición de muchas ideas. Cuando uno mira y observa la sucesión de fases políticas análogas en pueblos tan apartados como España y Polonia, persuádese á repetir la frase de Bossuet: «el hombre se mueve y Dios lo guía.» Como el suelo que pisamos fuera ígneo, radiante, gaseoso, diluvial, glaciario, hullífero, y estuviese cubierto de selvas impenetrables, y de conchas donde se animaran como en su cuna los zoofitos, y de zonas calcáreas en que se incrustaran los moluscos semejantes á raíces del organismo, y de tierras eocenas por las cuales se arrastraban las primeras tortugas ó volaban los primeros murciélagos, y de tierras miocenas, tierras del megaterio; y así en lo sucesivo, llegando con lentitud por miriadas y miriadas de siglos al período que podríamos llamar humano por la dominación del hombre; cualquiera de las revoluciones históricas tiene antecedentes lejanos como los de nuestro natural organismo y de nuestro sólido planeta; porque la revolución francesa, tomada por ejemplar y prototipo en esto, á causa de su indudable universalidad, no fuera sino resultado de muchas y muy continuas edades, corolario de muchas y muy varias instituciones, condensación de muchas y muy variadas ideas, generadas desde lejanos siglos por la democracia de aquellos antiguos mayordomos del Palacio que humillaran á los Reyes, por el clero contrario á las castas hereditarias, por los escolásticos generadores del principio de la soberanía popular, por los plebeyos de las comunidades y los rebeldes de la Fronda, verdaderos precursores del pueblo libre, por los cartesianos y su metafísica individualista, por los hugonotes y su teología republicana, por los enciclopedistas y demás naturales enemigos de todo el estado mental anterior, por los mismos nobles

abdicadores de sus privilegios feudales: que todo esto y mucho más necesitaban las sociedades europeas para impeler un movimiento, á cuyo término sustituyeron los derechos humanos de las democracias modernas á los absurdos privilegios de las antiguas castas. Pues así nuestra revolución de Setiembre. Se habían acumulado moles tantas sobre la esencia del espíritu moderno, y en el espíritu moderno tal número de aspiraciones é ideas nuevas, que, comprimido, estalló, haciendo saltar por los aires privilegios múltiples de las antiguas institunes históricas. Este grandioso hecho convirtió á nuestro Echegaray, al orador aplaudido de las Asambleas populares, en el orador aplaudido de las Asambleas parlamentarias. A dos graves medidas va unido el nombre de Echegaray, ambas referentes al derecho de la humana conciencia: Director de pública instrucción, decretó la libertad universitaria; Diputado conspicuo, defendió la libertad religiosa. Podrán costumbres y supersticiones añejas no haberse conformado con estos dos progresivos principios; pero no podrán desconocer la importancia intrínseca de su proclamación y la trascendencia perdurable á toda nuestra vida.

Nadie habrá olvidado aquellas soberbias palabras, á cuyos ecos desaparecía el espectro de los odios religiosos, tan abominables cuando en Valladolid queman al buen Carranza como cuando en Ginebra queman al inmortal Servet; cuando expulsan á los moriscos que habían fertilizado las vegas edénicas del Mediodía nuestro, como cuando descabezan á los hugonotes en aquella noche terrible, cuyos horrores volcaron el infierno sobre las orillas del Sena; cuando incendian las ciudades alemanas en la guerra de los Treinta años á un delirio casi demente de los dos ejércitos en lucha, como cuando impelen las barcas de los irlandeses católicos por furores del anglicanismo al Nuevo Mundo para que vuelvan de allí los expulsados con enemiga invencible á sus expulsores en el pecho y rayos de guerra en el puño; desconociendo así, unos y otros, aunque se llamen todos cristianos, aquellas sublimes palabras de Cristo, dentro de las cuales va contenido el cristianismo

en toda su extensión: «amad á quien os aborrece, pedid por los que os persiguen y calumnian, pues de tal suerte seréis perfectos, como es perfecto nuestro Eterno Padre que está en los cielos.» ¡Cuánto se burlaron los enemigos empecatadísimos de la libertad humana del discurso aquel y de todos los análogos! ¡Qué de cosas dijeron del célebre residuo que creía Echegaray haber visto en el quemadero, como si las cenizas aquellas desparramadas á los cuatro vientos no manchasen todavía el suelo y las humaredas aquellas disipadas en el azul horizonte no asombraran todavía el espíritu de nuestra patria! Pocos movimientos oratorios tan bellos guarda el *Diario de Sesiones*, como aquel sublime, y por inolvidable, nunca olvidado, en que, volviéndose hacia el reloj, señalaba Echegaray con su brazo tendido la hora solemne que iba corriendo, como la última hora del despotismo, del tormento, del negrero, del mercado infame donde se vendían las criaturas humanas, de la esclavitud que tanta ignominia nos trajera y tantas cóleras de la justicia universal provocara sobre nuestras cabezas; porque se había roto para siempre á tan sublime minuto la clave de todos los errores, la secular intolerancia.

Idealista durante su apostolado, tamaña idealidad, natural en él, no impidió la circunspección, la templanza, la mesura en el Gobierno. Ascendido al Ministerio de Hacienda durante una grave crisis, comprendió que había entre reformas hacederas é improrrogables otras que, aplicadas en aquellos momentos, lejos de prosperar, hubieran hecho retroceder á la Nación. Embargado por los apremios de la guerra civil, y teniendo que proveer á la imperiosa sustentación del bisoño ejército improvisado merced á enormes sacrificios, no dudó un momento en prescindir, á pesar del culto á todos ellos, de algún viejo principio, salvando así la mayor suma posible. Y bien puede asegurarse que si la llamada y reclutamiento de las reservas con la reorganización del cuerpo de Artillería y las restauraciones tenaces del principio de disciplina y obediencia en el ejército bajo el segundo período de la República española constan como los esfuerzos mayores y primeros dirigidos á imponer

la paz; el decreto célebre acerca del Banco único, tachado por los irreconciliables y los teorizantes de imperdonable inconsecuencia en Echegaray, conjuró el malestar económico en aquellos días, y nos allegó los medios conducentes á mantener una campaña, cuyo término jamás fuera tan feliz como fué, sin estos comienzos, en los cuales tanta gloria cupo á nuestro compañero. El orador se mostraba en las Cortes, exaltado é inspiradísimo; de abundosa palabra, de rica observación; muy esclarecido por el resplandor de su fantasía luminosa; tan maestro en el tropo como en el argumento; agudo sin sutileza, combatiente sin violencia, sabio sin pedantería, florido sin exceso, irónico sin amargura, ingeniosísimo al par que profundo; un poco atrevido en el retruécano, pero siempre moderado por el gusto; valeroso en el ataque á las ideas contrarias y respetuosísimo con el contradictor; y aunque, por lo copioso del raciocinio y por lo intenso del estro, pareció alguna vez desordenado á la generalidad; quien seguía con atención el hilo de sus discursos, encontraba siempre á éstos dos soberanas condiciones: en el fondo, un enlace de argumentación semejante á las coordinadas series de los teoremas matemáticos, y en la forma, esas proporciones y armonías propias de los edificios arquitectónicos bellos, guardando siempre la dignidad personal indispensable á los oradores y sin decaer nunca un punto de su magistral elocuencia.

Y anoto ventajas tales con el exclusivo intento de asegurar esto: parecía imposible pudiera, dentro de aquel orador genial, caber un experto estadista. Pues ¡vive Dios! que pudo ser; cupo. Echegaray ofrece á la Historia el arresto mayor que cabe en un apóstol, el valor de las inconsecuencias honradas y salvadoras. ¿Quién le criticará por ello? La inconsecuencia interesada os hiere de muerte. La inconsecuencia sugerida por el patriotismo y sancionada por un gran sacrificio, como el que os ofrece nuestro compañero con su retirada y abstención de la política, donde tanto influyera y brillara, es un acto de severo heroísmo, incomprensible para los espíritus mezquinos, pero merecedor del aplauso que le ha consagrado la pública

conciencia. Estadista consnmado, supo Echegaray poner la realidad á la debida distancia del ideal, para que la esclareciese y no la quemase su llama, sol, á quien hay que contemplar, y de quien hay que vivir, pero sin acercaros demasiado, porque nada tan fácil cual á su fuego derretirse. Hasta, en semejante acierto, en haber abandonado con oportunidad la política militante, le zahieren sus émulos, cuando hay que observar cómo nunca nos faltó en los días del combate y sólo se ha ido con todos los honores de la guerra en el día de la victoria. ¿Qué remedio? No morimos de una vez. En la vida larga dejamos una gran parte de nosotros mismos por los trayectos desde un punto á otro. ¡Cuántas veces hemos asistido á los funerales de nuestros amores, de nuestras ilusiones, de nuestras esperanzas! ¡En cuál número de amigos y deudos hemos muerto! Cuentan de un legislador antiguo que no pudo imponer á la patria el respeto de su obra sino yéndose para siempre de la patria. Extendimos la tela de nuestras ideas como el bómbix y luego como el bómbix quedamos muertos en la misma tela que urdiéramos. Y, si vivimos algún tiempo, serémos como espectros de muertos entre los vivos. ¿A qué continuar profetizando, si todas las profecías ya están cumplidas? ¿A qué continuar combatiendo, si todos los combates ya están ganados? Escasos términos del ideal nos falta por cumplir: dejemos el cumplimiento á generaciones menos abrumadas de trabajo. Teniendo, como tenemos la sociedad, ¿qué nos importa no tener el Estado? Si la vieja forma suya conserva el nuevo derecho nuestro, aunque no podamos servirla, debemos respetarla. Hemos tenido que disminuir el ideal para encajarlo en la realidad. Nos parece un poco fría esta realidad; pero ¡ay del hombre! si lo real y hecho le satisficiese; perdería todo título á la inmortalidad. Nuestro globo ha sido sol. Pero, mientras fué sol, no hubiéramos podido habitarlo. A medida que ha ido perdiendo luz, ha ido ganando vida. Así también á medida que los ideales aparecen menos luminosos, están más encarnados en la realidad, como, á medida que los planetas son menos etéreos, también son más habitables. Realizado el ideal

nuestro, aguardemos tranquilos el juicio de la posteridad y de la Historia.

Echegaray no se contentó y satisfizo con procurar la libertad de pensamiento; pensó. Así es que no puede dirigírsele aquella interrogación que suelo yo dirigir á ciertas gentes, muy ufanas de mantener los derechos del espíritu: ¿para qué tales señores querrán la libertad de pensar? No piensa todo aquel que quiere pensar. Tan fecunda libertad es para quien carece de pensamiento como la libertad de volar para quien carece de alas. El alma de nuestro Echegaray voló en la ciencia con tanta seguridad, como la mostrada siempre al andar en la economía y en la política. Lo más admirable de su trabajo en este punto parécenme los desvelos que se ha tomado, imbuyendo en la inteligencia colectiva nuestra, por medio de una vulgarización acertada, los sabios códigos de la mecánica celeste y las fases nuevas del concepto relativo al Cosmos. Cuatro servicios capitales hay que reconocerle sin esfuerzo en esta materia de los saberes físico-matemáticos sin medida. Es el primero, las explicaciones dadas por él de los progresos en la óptica, y entre tales progresos, del espectro solar, que nos enseña, por virtud de sus rayas reveladoras, la materia componente de los lejanos astros; es el segundo, la descripción animada, poética, y al par sabia, de las nuevas exploraciones hechas con el telescopio en los espacios por los innumerables astrónomos que nos trajeran soles y planetas y satélites nuevos de sus mentales navegaciones por lo infinito; es el tercero, la enseñanza profundísima de las enmiendas hechas por los tiempos y sabios consecutivos á varios descubrimientos del inmortal Neuton; es el cuarto, la claridad que ha llevado al principio de la unidad material del universo y del continuo metamorfoseo y conversión de unas fuerzas en otras fuerzas cósmicas; servicios los cuatro, á cuyo recuerdo precisa llamarle agradecidos verdadero Humboldt del pueblo. He dicho cuán escasa correlación veía yo entre las matemáticas y los dramas del gran maestro, y ahora debo decir que veo mucha correlación entre su cosmografía, y no diré sus dramas, pero sí la

épica y la lírica con estos dramas coexistentes. El carácter positivo de todo cálculo matemático; la exactitud irrefragable de sus teoremas; el enlace con que la deducción rigorosa extrae unos principios de otros principios en sistemática derivación; el signo sensible, sólo empleado en cuanto expresa una idea; las demostraciones incontrastables que han de tener los principios y su confirmación por la experiencia, donde se manifiestan todos con mayor ó menor proximidad á las fórmulas abstractas, pero sin desmentirlas nunca; la desnudez de toda cualidad en el número siempre representativo de cantidades ó cantidad; el espacio hecho un orden de los fenómenos simultáneo, como el tiempo un orden de los fenómenos sucesivos; la distinción presentada por Leibnitz entre los juicios metafísicos y los juicios matemáticos, apoyadas las demostraciones de éstos en el principio de identidad y las demostraciones de aquéllos en el principio de la razón suficiente; los caracteres de las verdades algebraicas allegadas por el entendimiento sin necesidad de la comprobación real, y en la comprobación real infaliblemente corroboradas, nos enseñan cuán lejos se hallan las ciencias exactas de la poesía y sus géneros: alejamiento patentizado por la rareza de poetas matemáticos, bien al revés de lo sucedido en la filosofía, por cuyos anales abundan filósofos matemáticos y matemáticos filósofos, como patentizan Pitágoras, Platón, Descartes y Pascal.

No así la física. Esta puede sugerir inspiraciones como ninguna otra ciencia. Reconozco verdaderamente que toda la física moderna se deriva del principio de cantidad y que toda ella por dos operaciones inversas matemáticas busca el átomo en lo infinitamente pequeño y el Universo uno bajo los principios del metamorfoseo de las fuerzas en lo infinitamente grande. Pero yo en esas identidades del magnetismo y de la electricidad; del movimiento y del calor; de los sonidos en el arpa y de los matices en el prisma; de las vibraciones del aire y de las vibraciones del éter; de la estrella que circula en el cielo y de la onda que circula en el mar y de la particulilla roja que circula en el pulmón y del gorjeo amoroso que circula en

el aire, veo un poema gigantesco futuro, capaz de superar en atrevimiento al temerario de Lucrecio que cantó los gérmenes de todos los séres, conjurando el imperio de la Nada; y al dulce é idílico de Virgilio, que cantó las almendras en flor y los recentales en teta y las corolas en mieles y los pájaros en celo y las uvas en vendimia y las almazaras rebosantes de aceite; y al bellísimo de Ovidio, que, bajo la fábula de Dafne convertida en laurel, ó de Narciso escuchando absorto la hermosa Eco, nos lega el himno sublime de la transformación universal. ¡Ah! Lo infinito nos rodea en el espacio, y lo eterno en el tiempo. Donde quiera que vuelvo los ojos, hállome con límites puestos por la debilidad irremediable de mi sentido y borrados por la potencia infinita de mi razón. Lanzad una piedra con el pensamiento al espacio y suprimid luego la fuerza de atracción que podría de suyo á un sol sobordinarla. ¡Oh! la piedra no se detendría jamás, si hubiera de pararse ante algún límite ó frontera, puesto que la extensión del espacio inmenso no acaba en parte ninguna. Recorriendo los rayos luminosos millares de leguas por segundo, lucen estrellas en el hemisferio nuestro, cuya luz visible, la que recogemos esta noche misma con los ojos, se trasmitió por su disco en tiempo de Cleopatra, es decir, hace veinte siglos. Nosotros apenas concebimos el tiempo, sino en sus referencias con la breve humana vida; ni el espacio, sino en los límites que pone á las cosas lo finito; pero el tiempo es eterno y el espacio es infinito. La geología moderna y la historia crítica se han encargado una y otra de suponer y calcular el origen de las tierras que parecen como de acarreo y el origen de los hechos que parecen como de ayer. Preguntad al que interpretó los jeroglíficos egipcios por las primeras dinastías faraónicas, y las veréis tan viejas como el granito donde se han tallado las esfinges de sus titánicos altares; preguntad cuánto tiempo tardara el cuarzo de semejante mineral en cristalizarse ó enfriarse, y apenas tendréis cifras donde contener tantos siglos: duración, que no achica, no, al hombre; lo engrandece.

Así nuestro amigo y colega huyó de los dos abismos, ha-

cia cuyos infiernos propenden los sistemas físicos modernos: el infierno de los pesimistas y el infierno de los ateos. Echegaray siente óptima confianza en el progreso universal y no desconoce la existencia del alma humana en la creación cósmica. Leyendo sus obras, nunca os creeréis destinados á montón de repulsivo estiércol que abone algunas raíces, ó á esclavo de la fuerza recluído en el calabozo de la materia y rodeado por el vacío y por el silencio; con los simios y antropoides de ascendientes, cuando no la merluza y el congrio, por toda nobleza, en lo pasado; como en lo porvenir, por toda esperanza, con el eterno aniquilamiento de nuestra esencia inmortal en los tristes obscuros senos y en los repliegues de tinieblas espesísimas que llamamos nada, triste reproducción y restablecimiento de aserción tan horrible como aquella nirvana, donde los indios se aniquilan borrachos de opio y los chinos desparecen aquejados por la monomanía del suicidio. Todas las obras del compañero, á quien coronamos hoy, protestan contra las últimas absurdas consecuencias del ateísmo al uso. Y, en efecto, la eternidad del tiempo y la ilimitación del espacio; esa luz del Verbo que resplandece de suyo en las irradiaciones del éter; la correlación armónica entre los climas y las faunas que los pueblan y las flores que los adornan; el centelleo de una idea no contenida en otra ninguna, que fulminan los culebreos del rayo y reflejan los tintes purpúreos de las boreales auroras; esa esencia, incoercible de suyo, en que los séres todos se bañan como en el mar inmenso; la música de los orbes y el concierto de sus esferas diciéndonos el nombre de un artista indecible, y el movimiento universal revelándonos la existencia de un motor inmóvil; aquellos tipos y arquetipos flotantes en la inmensidad, á cuyos modelos se ajustan las cosas, y aquel orden supremo con que los hechos se coordinan y sistematizan bajo leyes providenciales en la historia; el calor primordialísimo encerrado en todo calor material, y la suprema vida en toda natural animación hallada, dícennos que no estamos abandonados y solos en este destierro terrestre; que no somos infusorios de un átomo, como nues-

tro planeta, caídos en una lágrima como nuestro acerbo océano; que no podemos llamarnos huérfanos; sino que hay, que existe, que legisla un Dios, amor y verdad y bien supremo, el cual resplandece con esplendor visible allá en el sol que nos trae á todos el día; con esplendor espiritual aquí en el cerebro que nos trae á todos el pensamiento; con esplendor teológico en la hostia consagrada, que se levanta entre humaredas de incienso y centelleos de lámparas y cadencias de órgano sobre el altar erigido en las losas de los muertos y alzado á las mansiones de los bienaventurados, diciéndonos que somos eternos, y que al morir, lejos de convertirnos en ceniza; como pintadas mariposas que rompen sus larvas en Mayo, tomando misterioso vuelo, vendrán aquellos ángeles custodios de nuestra santa fe católica, oídos en el balbuceo de las primeras oraciones y entrevistos desde la cuna en la mirada y en la retina de nuestras madres, á recoger en sus alas el alma nuestra, llevándola de una aleteo á la gloria; para que saciemos con el amor infinito la sed inextinguible de amar que siente nuestro pobre corazón, y satisfagamos con la verdad absoluta la constante aspiración á pensar y á creer que late aquí, en el pavoroso abismo de nuestra insondable inteligencia.

Negando á Dios, ¿qué no habrá de negar el materialismo en boga? Nuestro compañero se revuelve airado contra los que niegan la forma poética, hermanos naturales de los que niegan la Divina Providencia. ¡Cómo han de reconocer la poesía, si desconocen el alma, si desconocen la metafísica, si desconocen la libertad, si desconocen á la especie humana libre y racional en su puesto aparte dentro de la naturaleza, si niegan hasta las leyes generales y hacen del espacio un montón de cosas y del tiempo un montón de hechos, sin correlaciones entre sí mismos; si niegan la Religión á una con todos sus consuelos y todas sus esperanzas, si niegan á Dios! Imposible que un ateo, cuyas negaciones le ocultan desde la divinidad hasta las cosas divinas en el Universo y las ideas divinas en el alma, vea la llama celestial encerrada dentro de todas las criaturas como una especie de céntrico fuego y oiga

el concierto de inenarrables armonías compuesto por todos los mundos en sus eternales elipses y sienta los vuelos y los aleteos de todos los séres impelidos por aspiraciones misteriosas hacia lo eternal y lo absoluto y lo perfecto, en este gran templo de la creación, donde son altares los montes, lámparas los astros, órgano las esferas, incienso las flores, los cielos tabernáculo, y eternos sacerdotes, elevando á las alturas aromas y gorjeos y melodías y colores con sus matices y líneas con sus ideales figuras y odas y poemas y sublimes himnos, en un *Te Deum* sin fin, el pensamiento y el arte. ¡Cuán sublimes los conceptos por modo magistral expresados en el discurso que acabáis de oir con arrobo, acerca de la congruencia entre las matemáticas del verso y las matemáticas del Cosmos! Después de oídos tales conceptos, nadie será osado á quitarse los ojos del entendimiento para no ver dentro de nosotros el espíritu con su libertad y fuera de nosotros el Eterno con su Providencia. Naturalmente Dios no es demostrable, porque no hay verdad ninguna en que pueda contenerse la verdad suprema y absoluta. ¿Mas no hay, por ventura, dentro de las mismas ciencias cosmológicas, cuyas invenciones más recientes nos ha recordado el nuevo Académico en su maravilloso discurso, principios verdaderos, los cuales no pueden humanamente demostrarse? Las ciencias exactas se fundan sobre teoremas, conocidos con el nombre de postulados, los cuales son de una evidencia irrefragable al par que de una demostración imposible. Demostradme de alguna suerte que las líneas paralelas no habrán jamas de encontrarse, ni en lo infinito. Demostradme esta otra verdad evidente: que dos líneas no pueden cerrar una superficie. Tronáis contra la Metafísica, y en todas partes y en todos tiempos tenéis que tropezar con la Metafísica. Vuestra ciencia proclama primer principio y factor y sumando y elemento el átomo; y el átomo no se ha visto nunca en lugar alguno. Habláis de la materia y de la fuerza, cuando la unión de vuestra fuerza con vuestra materia es tan inexplicable como la unión de mi alma con el cuerpo, como la unión de mi Dios con el Universo. Decís saber todos los misterios de la fisiolo-

gía, y no sabéis por qué la imagen inversa en la retina endereza esta inversión en el nervio óptico. Se halla vuestra Naturaleza tan circuída de misterios como nuestro Espíritu. La razón podrá decirnos que el paso de los séres contingentes al sér necesario sirgnificaría un saltó mortal de la fantasía, y no una deducción lógica del entendimiento; que la idea de perfección será como un arquetipo del alma humana, el cual no abona la imposible prueba de un sér perfecto en la realidad viviente; que las armonías y el orden reinantes en todo y sobre todo no suponen la necesidad de un Autor supremo, incognoscible á nuestras especulaciones é indemostrable por nuestras experiencias; y mientras leemos y meditamos todos estos argumentos, álzanse los ojos al cielo estrellado, ábrense los oídos al coro de las aves, bátense las olas en el Océano y las pasiones en el corazón, levántanse las almas en sus tristezas á una oración indefinible, caen los séres amados en la muerte sin que podamos á ellos asirnos sino por el presentimiento de la inmortalidad; y el Dios negado por la razón fría, reaparece, como un sol místico, esclareciéndolo y vivificándolo todo, en los horizontes del tiempo y en los horizontes del espíritu; centro de atracción y foco de calor, sin el cual extenderían sus alas de tinieblas el vacío y la nada por toda la muda y solitaria eternidad. Concedámosle al materialismo cuanto pida y quiera de suyo. Dejemos á los átomos correr por las fibras del vegetal y por los lóbulos del cerebro, dejémosles que bajen á los pies del vendimiador y suban á la cabeza del filósofo sin cambiar de sustancia; reconozcamos nuestra consanguineidad con todas las cosas creadas, la correlación de nuestros cabellos con los cometas que parecen cabelleras desprendidas del éter y la levadura de oxígeno puesta en todas nuestras carnes por los soles viejos y lejanos; proclamemos raíces de nuestra natural organización los fósiles ocultos en las zonas geológicas, y digamos que crecimos con el zoofito y nos bañamos en los mares sin fondo con la esponja; que vivimos arrastrándonos con el frío reptil por la tierra húmeda tras el diluvio, y después de haber pasado por las transformaciones

del insecto, entramos, llenos de sangre hirviente, compuestos de líricos nervios, cubiertos de multicolores plumas, en las bandadas de los pájaros, uniendo nuestra voz á sus gorjeos; no regateemos la especie de que dentro del tigre y del león guerreamos en las selvas y en los desiertos; de que corrimos sobre la pradera y bajo los encinares dentro del caballo y del ciervo; de que hasta hemos sido con el orangután y el chimpancé los ridículos bufones del Universo, caricaturando lo más noble y lo más sublime con los gestos burlones de nuestra fea cara y tratando de ponernos erguidos en dos de nuestras cuatro manos para mirar al cielo con los ojos colocados junto á nuestras deprimidas narices; sigamos la odisea cósmica donde fuéramos partícula ó moleculilla, mineral, árbol, hasta pasar por todos los organismos en busca y requerimiento del organismo humano; concedamos todo esto á los materialistas, aunque nos repugne y lo consideremos de antiguo muy contestable; pero no pueden los materialistas negarnos que, desde la hora y punto de nuestra llegada en la evolución universal á este organismo, tal y como lo revestimos hoy, al organismo nuestro; á modo del Adán bíblico sintiendo la insuflación misteriosa de lo alto en su extático rostro, al erguirse recién creado en el Paraíso, nosotros hemos sentido derramarse por todo nuestro sér algo que no vivía en el tiempo ni se desarrollaba en el espacio, algo más claro que la luz y más rápido que la electricidad y más vivificante que el calor, algo enriquecido con la idea inexplicable y misteriosa, dotado de una fuerza superior á las fuerzas cósmicas, el alma con su libertad, quien, suprimida en los primitivos tiempos de la historia universal, como el humano cerebro en los primitivos tiempos del orgánico mundo, surgió, merced á los pensadores y á los profetas y á los mártires, los cuales han logrado hacer, con sus ideas y con sus holocaustos, del sudra y del paria y del ilota y del circense y del esclavo y del siervo un ciudadano libre: destino terrestre que no puede satisfacernos, pues experimentamos mayores aspiraciones; y así, después de haber cumplido en lo posible la justicia sobre nuestro planeta y de haber como vuelto á crear á éste con el

trabajo, suspiramos, en el deseo infinito, por nuevos mundos, por nuevos horizontes, por cielos novísimos, por las armonías de otras artes más bellas, por el resplandor de otra ciencia más luminosa, por el goce de otros amores más puros; ascendiendo en la escala del progreso, inundado hoy de sangre, mañana de vida, hasta encontrarnos frente á frente, en gloriosa bienaventuranza, parte aquistada por nuestras obras meritorias y parte por la gracia eficaz, frente á frente de nuestro divino Criador.

Agradezcámosle, pues, al eximio compañero lo hecho por él, con tanto acierto en los propósitos como felicidad en los resultados, para conservar á las ciencias físico-matemáticas el carácter espiritualista que tuvieran así en Klepero como en Newton, y para mostrar que la unidad del universo corresponde á la unidad del Eterno. Por tal razón, en mi concepto, la obra clásica de nuestro Echegaray es el tratado en tres tomos sobre los modernos principios de la física y lo uno de las fuerzas materiales, en el cual tratado he aprendido yo las pocas ideas que tengo aquistadas de esa ciencia, tan ajena de suyo á mis acostumbrados estudios. Salto mortal el salto de nuestro matemático desde las cumbres del binomio á las tablas del teatro. Pero lo dió él y tenemos que darlo con él nosotros. ¡Cuántas particularidades en las manifestaciones literarias! El teatro aparece con los arios, allá en la India; y no aparece con los semitas, ni en Arabia, ni en Israel, á pesar de las bellezas atesoradas por los poetas musulmanes y de la sublimidad connatural á la Biblia hebrea. Los arios son sociales, y de ahí su teatro; los semitas individualistas, y de ahí su lirismo. El genio zenda, esencialmente maniqueo, parece que debía producir el teatro, un combate de suyo entre pasiones enemigas; pues no, lo produce aquel genio griego, donde tuvo el humano espíritu su mayor concentración; y las desgracias de los persas fueron lloradas por el Titan Esquilo en su admirable Attosa. Las letras y la historia helena nos ofrecen las proporciones geométricas del Parthenon y el ritmo de la estatua. Todo dentro de ellas está; y todo con su medida, y todo á su

tiempo, y todo en su lugar. Prometeo se parece á Job, como las estatuas dorias á los colosos egipcios. Las tragedias del maestro primero son orientales odas, himnos, poemas en diálogo. Sófocles alcanza en su *Edipo* y en su *Antígona* la perfección que Fidias en su Minerva, que Apeles en sus cuadros, que Hipócrates en su ciencia, que Platón en su banquete, que Aspasia en su hermosura, que Arístides en su moral, que Pericles en sus arengas. Y así como el Oriente se halla en Esquilo aún, el Occidente se halla en Eurípides ya. *Promoteo* es Asia, es *Antígona* Grecia, es *Medea* Roma. No hablo de Aristófanes. Gran desgracia la suya, muy semejante á la desgracia de los satíricos romanos, reirse y hacer reir cuando mueren la libertad y la patria. Decía que *Medea* fué Roma; y así, de todas las tragedias tomadas al teatro griego por aquel hispano-latino que se llamara Séneca, ninguna tuvo en la Ciudad Eterna el favor que *Medea*, y ninguna tentó en Italia mucho más tarde á la inolvidable Ristori, quien parecía, en su romana estatura, la Venus del Capitolio enfurecida. Con los primeros tiempos de la Edad Media el teatro desaparece, dicen muchos. Pero el teatro no desaparece nunca. Todo templo, por humilde que sea, tomará forma de verdadero escenario; y toda ceremonia litúrgica guardará, por severa que sea, teatral aspecto. El auto pasará en la Edad Media del altar mayor al claustro, del claustro á la calle, y estará unido todavía hoy á las fiestas eclesiásticas allá por nuestra poética Valencia. Ni en *Don Juan Tenorio*, ni en *Don Alvaro de Sevilla*, ni en *El seno de la muerte* sintiera yo nunca la emoción dramática experimentada en Elche (aun podéis sentirla), cuando la Colegiata severísima, obra del gran geómetra Herrera, se trueca en teatro el 15 de Agosto, día de la Asunción; y el cabildo en doce actores, que representan los doce apóstoles; y tras las negaciones de Santo Tomás en el ábside ó coro al tránsito de María, se abre la bóveda en el altar, y la Virgen aparece arriba con su manto azul y su corona de estrellas y su calzado de luna y su sonrisa de beatitud y su mirada de amor, entre mares de luz, estallidos de aclamaciones y diluvios de flores. Para mí, en el

mundo moderno, sólo existen, como dignos de ponerse junto á lo más genial del genio antiguo, Shakespeare y el Teatro Español. A Italia le concedió el cielo tener la Teología católica con Santo Tomás y el arte católico con los pintores franciscanos, á cuya cabeza ponemos el Giotto y la epopeya católica con Dante; ¡ah! el teatro católico es pura y exclusivamente hispano. Así no hay en Italia teatro. Lo hay en Francia, y de primer orden; pero tan inspirado en el teatro español su varonil Corneille, y tan inspirado en el teatro helénico su armonioso Racine, que pueden pasar, aparte la lengua magistral de ambos, por dos ramas de las literaturas en ellos reproducidas. Moliere únicamente se nos ofrece aislado en Francia, y de un mérito propio excepcional, como creador de caracteres y tipos estudiados en la realidad. Yo tengo ideas especialismas respecto del teatro. No admito como teatrales, no, las obras alemanas más célebres. Reconozco la grandeza de Goethe y Schiller. Pero el uno tiene tanto estro lírico, y tanto estro épico el otro, que salen del teatro sus composiciones y parecen diálogos sublimes entre personajes vivos, semejantes á ideas abstractas. Para mí, en el siglo XIX, sólo dos pueblos tienen verdadero teatro, Francia y España. Naciones que ostentan la gracia de un Beaumarchais y de un Bretón, el genio de un Hugo y de un Zorrilla, la inventiva de un García Gutiérrez y de un Alejandro Dumas, la grandeza de un Saavedra y de un Delavigne, la perfección literaria de un Ayala y de un Musset, la maestría escénica de un Scribe y de un Vega, sin mentar á los vivos, por hablar sólo de los muertos, no perderán nunca su gloria escénica, en la cual, con dificultad suma, podrán las obras venideras superar á tales obras excepcionales de lo presente y de lo pasado. Sólo con la fecundidad del suelo, en que se dan todos los productos de las zonas templadas y muchísimos de las zonas tórridas, debe compararse la fecundidad del teatro en España. Por tal causa, cuando vemos los seis retratos puestos en glorificación de nuestros seis primeros autores antiguos en el proscenio de la primer escena española, decimos sin vacilar que cada uno de ellos, el menor de todos,

constituiría él solo un teatro para cualquier pueblo necesitado de género literario tan interesante. Y aquí podríamos, si tuviéramos tiempo, preguntar por qué no hay en Portugal, donde tan rica variedad ofrecen todos los géneros literarios, un teatro, y por qué no hay un pintor de primer orden allá en las dos Américas, donde brindan cielos y campos al arte y al artista pictórico tantas inspiraciones. Entre nosotros, Valencia sola tiene literatura dramática tan bella, que parece, no la literatura de una ciudad, la literatura de todo un pueblo. Dadas estas aptitudes patrias, imposible faltara en la escena contemporánea el autor sabio y reflexivo, aunque siempre inspirado y genial, que pedía la fase nueva del espíritu moderno y la utilidad tangible del saber científico. Tenemos tres géneros de arte, no hay que dudarlo; tres, en los cuales no decaemos nunca: la pintura, la elocuencia, la dramática. Como Rosales y Fortuny son un ejemplo de lo primero; como Donoso y Olózaga un ejemplo de lo segundo; Echegaray es, con otros excelsos que, por vivos, callo, un ejemplo de lo tercero. ¡Cuán rara coincidencia! En un período coinciden la sabia música de Wagner en Alemania, el sabio teatro en Escandinavia de Biorson é Ibsen, y el sapientísimo de nuestro Echegaray en España. No se conocen los cuatro artistas respectivamente, no se han escuchado en mutuas audiciones; y se han unido en el fondo de su tiempo, sustituyendo al teatro de un romanticismo espontáneo el teatro de un romanticismo sabio, que responde así al estado de los ánimos como al estado de los espíritus contemporáneos. Coinciden, sin haberse jamás hablado, ni haberse uno á otro conocido hasta los últimos tiempos, en que los ecos de sus renombres respectivos han resonado en todos los climas, y las obras de sus respectivos genios se han trasladado á todos los idiomas, porque la sociedad produce todo cuanto necesita; y ha necesitado de esta revolución científica representada por Ibsen y Echegaray, como necesitó de la revolución romántica representada por Teófilo Gauthier y por Víctor Hugo. Yo veo, sin embargo, en Ibsen, como veo en Zola mismo, ni uno ni otro santos de mi devoción, mayores

conformidades que veo en Echegaray con los tres principios darwinistas contemporáneos, la derivación de los géneros y especies unos de otros, la concurrencia vital, el atavismo. Echegaray, sin renegar de la cosmología, campea por el espiritualismo y el deísmo nacionales, no á guisa de aquellos sabios ingleses, que guardan el culto externo de su Iglesia nacional por no indisponerse con sus conciudadanos y no perder electores, á causa de que los siente latir en las sienes y en el corazón, porque los lleva en el alma. Otro carácter de nuestro Echegaray, superior al carácter de Ibsen, es la mayor universalidad de sus tipos. A Ibsen le gustan las excepciones y las monstruosidades. Aseméjase de suyo á esos feriantes de las barracas francesas, que muestran por dos cuartos la ternera con siete piernas ó el niño de tres cabezas. ¡Un paralítico! ¡Cuán poco dramático el paralítico de Ibsen, si todo drama debe ser movimiento! ¡Cuán poco interesante una ninfómana, si todo drama debe dispertar interés! El teatro no será nunca una clínica. Debe inspirar dolor, no asco. Poned en parangón las quejas de Edipo en Colonna del inmortal Sófocles, que se resigna sublime al destino, con las quejas del joven lisiado y enfermo de Ibsen, que padece las calaveradas de su bisabuelo cuando era subteniente; y decidme cómo sin bajar la desgracia de ningún modo han bajado las maneras de sentirla y expresarla. Yo no creo que los respetos á la verdad lleguen hasta contar una madre al hijo los vicios del padre por odio á la ignorancia. Tampoco creo que una mujer se mate por no matar un pato. Tampoco creo convenga mucho á las muchachas antes de casarse correrla como pudiese un muchacho. Pero acabemos con este asunto, acabemos. Podrémos dar en rostro á Ibsen, si queréis, con las extravagancias y las incongruencias que tanto nos chocan en los ingenios del Norte, no tan lógicos en la serie de sus ideas, ni tan proporcionados en la geometría de sus formas, ni tan sonoros en el ritmo de sus versos, como los poetas meridionales. Pero no hay que negar la grandeza del poeta Ibsen, así como la grandeza del poeta Biorson, su complemento; y justo es atribuir á las escuelas y á las convenciones sistemáticas faltas excusa-

bles, muy excusables de suyo, y errores casi recogidos en esa nutrición aérea, que os pega las ideas sin saber de dónde han venido, como se os pegan los átomos sin saber por dónde os han entrado. La honrada y democrática Noruega es el cerebro de toda Escandinavia; y precisa decir que un género literario representado por hombres como Ibsen, como Biornson, como Goncourt, como Zola mismo, en cierta medida y bajo cierto aspecto dramático autor también, como Echegaray, el mayor de todos, el más fecundo, el más genial, el más espiritualista, responde á una fase literaria de importancia tan grande y de trascendencia tan duradera como el Misterio en la Edad Media; como el primer esbozo de los teatros laicos en los diálogos imitados de las letras clásicas, que recuerdan sobre tablados erigidos á la ventura, donde representan cómicos populares, la carreta de Thespis; como la espontaneidad de Lope, subsiguiente á la copia de las personas y tradiciones y reglas horacianas; como el romanticismo humano de Shakespeare y el romanticismo divino de Calderón; como la regularidad aristotélica de Versalles hará dos siglos hasta ser sustituída por el desorden genial de Víctor Hugo; como el teatro español y francés de todo el siglo, más aventurero que psicólogo, más literario que filosófico, más animado que reflexivo, con menos personajes arrancados á las fisiología y á la psicología experimentales, pero con inspiración más brillante y con formas de un dibujo acabadísimo y de una incontestable perfección.

Para mí el escollo de tal género literario está en el realismo, en esa escuela, que, á fuerza de contemplar el fenómeno, lo transitorio y particular, se olvida por completo del noumenos, lo eterno y universal. No me gusta el realismo. Pocas visitas haré yo á una escuela cuyos maestros llevan sus invitados, no al salón de la casa, donde se procura que todo huela bien; al sitio de la casa donde todo hiede y apesta. El arte, ó no es nada, ó es la transformación de lo real en idealidad y la encarnación de lo ideal en la realidad y en la vida. Maldito el árbol que, lejos de convertir el estiércol puesto sobre sus raíces en resinas, aromas y mieles, convir-

tiera mieles, aromas y resinas en estiércol. Cuéntanme que *Naná* muere de viruela negra en el teatro, y que, para estudiar los fenómenos de una muerte así, recorrió Zola hospitales y más hospitales en París. Pues el realismo no resultó perfecto: fuéralo, si en vez de morir *Naná* de mentirijillas, muriera de verdad, y además le pegase su mal en realista contagio al autor y á los espectadores. Para mí lo sumo del arte se halla en quien sabe, como Cervantes, pintar un tipo de lo eternamente ideal y otro tipo de lo eternamente real; en quien pone, como Calderón, junto á un pensador como Segismundo, un gracioso como Clarín; en quien, á manera de Montañés, por sabio estudio anatómico esculpe un cuerpo animal de joven hermoso en el Crucificado, y luego con el espejo ustorio de su inspiración religiosa coge del cielo y concentra sobre cara y cabeza, donde comienza el alma, un rayo de Dios. Echegaray es el más espiritualista, el más religioso, el más metafísico entre todos los poetas representantes del género llamado por mí romanticismo sabio, con una sola excepción: con excpción de Tolstoi, místico de suyo, muy ortodoxo dentro de su religión bizantina, y muy empeñado en que habrán tarde ó temprano de proclamar las sociedades modernas, como una ley positiva de fuerza obligatoria, el Sermón de la Montaña. Echegaray lleva un beso de cielo, como el cielo de Murcia, en su frente, y en este beso recibe todo el espiritualismo que se halla diluído por todos los horizontes hispanos, y con especialidad por los horizontes meridionales. Metafísico y religioso de un lado; fisiólogo y naturalista de otro lado; matemático y político; la riqueza de sus aptitudes, y la variedad de sus estudios han servido á la riqueza de sus tipos y á la variedad de sus argumentos. Así, en una tierra, donde ha realizado el teatro tantas maravillas, personificando desde las ideas teológicas adoradas en sus intuiciones por el pueblo hasta los ejemplares de todo cuanto se criara en el mundo, pues hemos puesto los Autos sacramentales con la Biblia y la Suma de Santo Tomas y la Escolástica en su seno; aquí, donde recitamos todos las escenas de nuestros poetas dramáticos y los monólo-

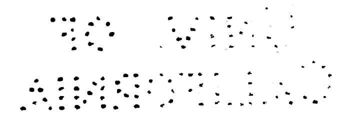
gos llamados por el habla corriente, relaciones, dichas con más ó menos perfección, pero con religioso entusiasmo, en todas las tertulias caseras; sobre suelo, bajo aire, y con memoria, por cuyos espacios discurren la «Esclava de su Galán» llevando el clavo de su amorosa servidumbre; la «Estrella de Sevilla» oponiendo á regias seducciones su dignidad y su honra de mujer; la «Justina del Mágico Prodigioso» absorta en oir los secretos que le revelan el girasol en sus diurnas vueltas y el ruiseñor en sus escalas movidas por encendidos amores; las damas y galanes del «Mayo» y del «San Juan,» que discretean y emanoran al resplandor de nuestras estrellas y entre ramajes de rosas; el Segismundo con sus interrogaciones, y el Condenado con sus desconfianzas, y el Alcalde con sus justicias, y el Tetrarca con sus celos, y el Trovador con sus endechas, y las Tapadas con sus burlas, y el Tenorio con sus lances, y el Rico-hombre de Alcalá á los pies del Rey D. Pedro; todavía queda, por un esfuerzo de nuestra fecunda Naturaleza y por un milagro de nuestro inagotable genio, inventiva para crear y espacio para recibir el «Gladiador de Ravena» en las puertas de su circo y el «Aroldo de Normandía» en las tempestades oceánicas de sus navegaciones; el dramaturgo de las locas esperanzas y el anticuario de los recompuestos cacharros en sus extravagancias; la seductora Mariana y el atormentado Lorenzo en sus dolores; el materialista Carlos y el apasionadísimo Fernando en sus combates; Moncada con su pundonor castellano junto á Orgaz con su perversidad natural; el Gabriel de las dudas homicidas y la Eulalia de los honrados holocaustos; el soñador Villena, que se mata soñando, y la bella Isabel, por quien muere, convertida en Vestal de sus recuerdos; el amante Rafael y su dulce Amparo, sobre cuyos felices idilios relampaguean las fulguraciones de una tormenta; el bastardo de cuna y de conciencia, Manfredo, junto á Beatriz, que tanto recuerda la «Francesca de Rímini» con la «Parisina» de Byron; el sublime revelador Miguel Servet y á su lado la horrible personificación del odio teológico y de la intolerancia religiosa que aniquila en sus crímenes á los propios

hijos; el D. Julián y la Teodora del «Gran Galeoto» emponzoñados por las murmuraciones ligeras y malheridos por la calumnia que les ha clavado su fría hoja de puñal en los sendos corazones; personajes de un cerebro ardiente surgidos, entre pasiones exaltadas que los arrastran y pensamientos sobrehumanos que los consumen viviendo cada cual vidas terribles encontradas en el mundo por doquier; términos ideales revestidos de carne y nervios, que componen problemas donde la moral y la fisiología encuentran encarnaciones, que á veces alumbra el pensamiento y que á veces devora el vicio y mancha el crimen; pero que aumentan, en sus surrecciones, todas esas miriadas de humanadas ideas, extendidas por la inspiración en el alma de nuestra Patria, y tan brillantes y tan innumerables como las estrellas sembradas en los espacios de su esplendoroso cielo.

Revolucionario Echegaray en política, revolucionario en economía, revolucionario en ciencias cosmológicas, revolucionario en artes y letras; este Cuerpo, esencialmente conservador, le abrió su Cenáculo, donde se consagran oficialmente los renombres populares, no por sus ideas, por sus méritos; y laureándolo, ha sancionado con el inapelable voto académico un voto de antiguo expresado por la conciencia popular. Y cuenta que hace bien el instituto nuestro siendo conservador en materia de lenguaje, pues le atañe y toca por su propio ministerio y por juro de heredad resistir á las temerarias innovaciones y guardar contra todos y contra todo el tesoro de nuestro castellano. ¡Ah! No conozco signo mayor de flaqueza, ni síntoma tan seguro de irremediable decadencia en las Naciones, como los menosprecios del patrio idioma, verbo divino del espíritu, lengua de fuego del pensamiento, y transmisión, desde unas generaciones á otras generaciones, del alma nacional. Pocas veces ¡ay! corriera tantos peligros la lengua propia, como en este período de tiempo, sólo propicio á las ajenas. Se instruyen los muchachos de uno y otro sexo en tal número de lenguas,con excepción por supuesto de la propia, que concluyen por no hablar ninguna; y se les embute

y atiborra el entendimiento con tal copia de palabras, que no queda espacio para inscribir en él una idea. Así difunden mil vocablos extraños, recogidos luego por el cuerpo á la manera de las emanaciones palúdicas, y usados por los más conspícuos y los más clásicos autores, no sólo en sus conversaciones privadas y diarias, en sus trabajos académicos, por el contagio con los malos hábitos y las impropias palabras, indeliberado é inconsciente, y por la expontaneidad con que todos hablamos, olvidando en el instinto á causa de la imitación universal, aquello adquirido por estudio y guardado so siete llaves en el entendimiento. Y de aquí *explotar* las bombas, como si fueran locupletas minas, en vez de estallar; venirse las *avalanchas* encima, y no los aludes; divertirnos en las *soirees* cuando debiéramos, sin pecar contra el Diccionario, divertirnos en los saraos; ver en los lejos del horizonte africano *minaretes*, llamados por nuestros padres alminares; aparecérsenos las *siluetas* cuando antes se nos aparecían las sombras; reemplazar con *revanchas* los desquites; amén de necesitarse un lexicón interminable so el brazo para entender las palabras italianas, francesas, británicas, esclavonas, como Babeles ambulantes que son las lechuguinas y los lechuguinos á la moda, dotados de cien lenguas para no tener cosa que decir en ninguna. ¡Ay! A mayor abundamiento, se desdeña la lengua madre de nuestro idioma y se la declara, sin oirla, como relegable á la Iglesia. Yo estuve cinco años aprendiendo latín en Elda con un dómine, y declaro que al dómine debe reconocérsele todo cuanto pueda en mis palabras haber de propiedad, y al dómine debieron abrírsele, y no á mí, en justicia, las puertas de este santuario. En mis discursos habré yo mismo cometido innumerables pecados contra la gramática, pues quien mucho habla mucho yerra, y todos provienen del olvido de aquellas lecciones que me daba, entre palmetazo y palmetazo, mi lloradísimo sabio dómine. Habrémos de restaurarlos. ¿Cómo construir á derechas, si torcidamente olvidamos la sintaxis madre de que nuestra sintaxis proviene; y cómo escoger la palabra más apropiada de suyo á vuestra idea, si desconocéis el maravilloso lexicón

etimológico que aclara toda nuestra nacional analogía? Así debemos, por cuantos medios tengamos á nuestro arbitrio, combatir la ignorancia del idioma que sirve de molde al nuestro, adornado por esmaltes orientales, como las alharacas mudéjares tan admirables en mil viejas iglesias hispanas, pero de una ortodoxia latina incontestable. Precisa, pues, pedir auxilio en esta obra de conservación á cuantos escritores y escritos creamos puros de veras; y precisa publicar órdenes en la *Gaceta* oficial, cuando parezca oportuno, explicativas del sentido más propio alcanzado por las palabras en el idioma. Debemos recurrir á todo y á todos. Yo, sin entrar en el pavoroso problema de la emancipación política del sexo hermoso, lamento que no veamos inscritos en los áureos anales académicos los nombres de cuatro escritoras gloriosísimas del siglo, que son á saber: Fernán Caballero, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Carolina Coronado, Emilia Pardo Bazán. El castellano, en las tres últimas especialmente, renueva el gusto y abundancia de los clásicos. Nuestra lengua no se parece al francés en esto; al francés, que no tiene consagrada ni la palabra escritora, ni la palabra pintora, ni la palabra poetisa, ni la palabra autora; y así debían las Academias españolas de parecerse á la española lengua y no cerrar su libro de oro, donde constan todos los apellidos de nuestra nobleza literaria, no á estas sacerdotisas del ideal. Todo lo necesitamos. Nuestra Nación, ¡ay! no aparece todavía tan una, que podamos desdeñar el lazo de unión entre sus regiones existente, ni descuidar el verbo, en que su espíritu se revela. Y, para formar la unidad orgánica de los pueblos, hay que atender mucho á la unidad interna ó espiritual; y para obtener la unidad interna ó espiritual, hay que atender mucho á la unidad de su lengua. No son á la verdad Nacionalidades todos los pueblos que quieren serlo. Esas sumas de hombres conocidas con el apellido de confederaciones nunca conseguirán lo conseguido por España: identificar tantas razas diversas en superior Nación. Así la idolatramos, y no podemos definir esta idolatría, sino calificándola de culto filial. ¡Cuántas desgracias inmerecidas, y



cuántas felicidades también, para las cuales no podemos presentar ningún título! Cuando corría mi lejana infancia, sentíame yo poseído por el culto á la santa mujer que me diera la vida y por el culto á España de que cien pruebas tengo ya ofrecidas en mi tormentosa existencia. Y muchas veces, cuando balbuceaba en compendios las páginas más ilustr de nuestra historia y veía la mirada maternal, atenta, como en éxtasis, al libro y al hijo, yo solía preguntarme allá en las indecisas interrogaciones propias de los niños: Dios mío, ¿qué mérito habré yo contraído antes de nacer para que me hayáis dado una madre tan buena y una Patria tan grande? No se puede saber cuánto ama uno á su madre, sino sobreviviéndola, como por ley general se le sobrevive; no se puede saber cuánto ama uno á su Patria, sino separándose de ella por proscripción y por fuerza. Todo el planeta es tierra, decía yo en mis destierros, pero no es la tierra, cuya sustancia llevamos en nuestras venas; toda la atmósfera es aire, pero no es el aire que recogió nuestros primeros suspiros; todo el sol es luz, pero no es aquella luz de la cual llevarémos hasta morir un beso en la frente; todos los hogares ofrecen calor y abrigo, pero no es aquel calor ni aquel abrigo que os dió el hogar santificado por las lágrimas que costaran vuestras vidas; todas las iglesias son una, pero sus campanas no suenan como aquellas que han doblado por la muerte de nuestros progenitores ó que nos han traído el *Ave María* á los labios en la tarde, cuando pliegan las aves sus alas so el ramaje y despliegan los astros su luz en el espacio; todas las lenguas son humanas, pero no son aquella lengua de la cual nos hemos valido para decir madre mía y amor mío, con lo cual en los labios queremos presentarnos al juicio de Dios: que todos los recuerdos más santos y todas las esperanzas más consoladoras se concentran en el culto á la Patria; y toda el alma de la Patria en su lengua, legado glorioso recibido de nuestros escritores inmortales, y que debemos, como un vínculo sacro, transmitir de generación en generación hasta la más remota posteridad, cual merecen su gloria y su grandeza. He dicho.

